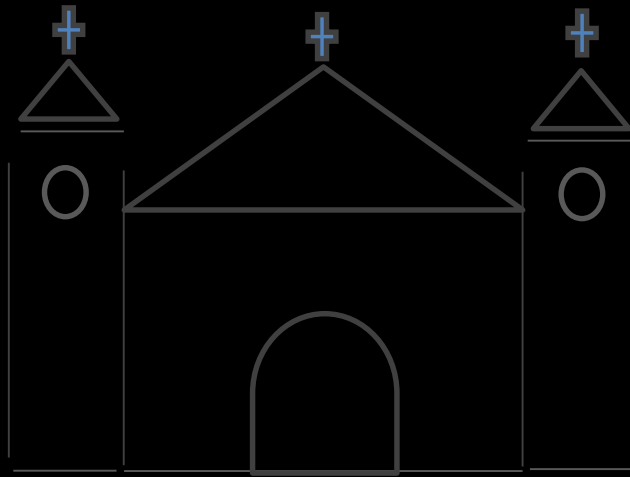


EL SÓTANO DE LAS HOSTIAS



Luis Malaver

I H S

EL SÓTANO DE LAS HOSTIAS

Luis Malaver

Ganador XL Edición del Premio de Novela Corta “Gabriel Sijé.”

Fundación Mediterráneo, 2020.



Editorial
Margen
Izquierdo

Imagen de portada y
diagramación,
Luis Malaver

© Luis Malaver
luismalavervalderrama@gmail.com

Depósito Legal: NE2024000021

ISBN: 978-980-18-4545-4
Junio. 2024

Dedicatoria

*En el más allá y siempre en el
más acá profundo e incorpóreo a:*

Eduardo Padre

Trina Madre

Marco Hermano

Nelly Hermana

Eduardo Hermano

*En el más acá corpóreo y cercano
a:*

Guayatamo

Reina Rada

La familia

Hermanos y hermanas

Los amigos de la

Asociación de Escritores

y a todos los demás...

Agradecimiento

*a Eduardo Gasca
por todas las indicaciones
útiles, en venganza por
todas las páginas inútiles
más que ha leído.*

LA RENUNCIA

(...)Yo voy hacia mi propio nivel. Ya estoy tranquilo.
Cuando renuncie a todo, seré mi propio dueño; desbaratando encajes regresaré hasta el hilo.
La renuncia es el viaje de regreso del sueño...

Andrés Eloy Blanco

RENUNCIA

*(...)Es ir cerrando puertas hasta la última
la que queda entre la que cerraste
y la otra
la que no puedes abrir*

L.M.

La renuncia puede abarcar todas las orillas del cuerpo. Desde esa maceración en el pensamiento se va expandiendo hasta cubrir huesos, cartílagos, sangre, movimientos y gestos. La voluntad, la resignación, la desidia o el abandono están en su inicio, pero una vez ya dado el paso, ya estampada la firma, ya volteado el cuerpo para iniciar una retirada sin volver la cabeza, ya enterrado lo que fuimos – o quisimos ser –, ya remarcado en cualquier lugar de nosotros el *muy imposible* de algo que una vez deseamos con ardor, ya descartado el regreso, aunque dependa nada más de un paso, de una llamada telefónica, de entregar o no la carta que llevamos, la renuncia coloniza, impregna al nuevo que somos, el cuerpo es más pesado o más ligero, más rápido o más lento, más firme o más endeble: lo que si no será es el mismo de antes de la dimisión.

Y no se trata nada más de las grandes renunciaciones, también las pequeñas, las cotidianas, las casi imperceptibles, pueden rediseñarnos el cuerpo, el ánimo, los pasos, la mirada.

“He renunciado a ti. No era posible/ Fueron vapores de la fantasía;/ son ficciones que a veces dan a lo inaccesible/ una proximidad de lejanía”. Había escrito el poeta Andrés Eloy Blanco hace muchos años; y él almacenaba desde el lejano bachillerato esos primeros cuatro versos, pero en negritas y subrayado el último verso: “**una proximidad de lejanía**”.

¿Con cuánta más efusión se carga con algo a lo que se ha renunciado?
¿Con cuánta más intensidad se piensa en el amor que dejamos? Se queman las naves del regreso, pero no se olvida. No se asiste a la cita del amor prohibido, pero se recuerda por siempre el lugar, la hora, los pormenores atmosféricos, todo

el gozo comprimido, las precauciones. ¿Y ese número que borramos de la agenda del celular, ese número atado a un nombre y un apellido – no siempre a un nombre que corresponda con alguien real – cuánto vive en nosotros?

No pocas veces se dimite para estar más concentrado en lo que se ha preterido, para vivir esa proximidad de lejanía en ese estado de laxitud que todo abandono lleva consigo.

Sí, hay una vida paralela a la que vivimos que está conformada por las abdicaciones, por los vacíos y sus asedios, por los pasos que no dimos, por los saltos planeados con vocación de clavadista que no ejecutamos.

Había entregado la carta de renuncia el viernes pasado y había terminado de recoger el fin de semana las escasas cosas que aún no había regalado, vendido o tirado a la basura.

El apartamento estaba desierto, salvo por unas bolsas de basura y otras bolsas con objetos que aún habrían de pasar por el tamizado del conserje. Encontraría en ellas camisas de colores oscuros que ya no quería usar más, zapatos, botas montañeras para incursiones ocasionales, relojes que – pensaba – no podían venderse ni regalarse, sino dejarlos al azar, a las contingencias de quienes, de nuevo, estaban revolviendo los contenedores de basura para buscar comida u objetos vendibles. Si las pesquisas del conserje eran exhaustivas, muy poco llegaría al basurero.

Su renuncia incluía también dejar el lugar donde habían transcurrido sus últimos quince años, diez como detective de homicidios.

Renuncia y regreso, dos movimientos no siempre contiguos que había logrado hacer una secuencia definitiva, una urdimbre tejida con punto apretado antes de cerrar los ojos para dormir las pocas horas que la lectura concedía al

descanso.

Vendría el conserje con su esposa a limpiar, a borrar todo vestigio de su paso por allí, a abrir las ventanas para que se escapasen – lo más pronto posible – el olor a cigarrillo, a cenicero ahíto, a desodorante, a colonia, el olor de su propio cuerpo. Desalojarían las huellas que dejan las manos, los pies, los codos, las costumbres buenas o malas. Él, desde la última semana, había inspeccionado todo para retirar cualquier papel, cualquier anotación en servilleta escondida en resquicios.

Él de alguna manera se borraba, y para lograrlo con mayor prontitud, dormía en una colchoneta y volvió a colocar el grueso y vetusto cortinaje con el que recibió el apartamento para cerrar el trozo de día con vista a El Ávila – la montaña que pronto sería reemplazada por otras, menos verdes, menos altas, pero sin duda más amables – y las noches con vista a las luces de neón, de las luminarias de las autopistas y de los millares de bombillitos de los cerros.

Evitaba preguntarse ‘y ahora qué hago’, porque no es nada fácil ni frecuente resolver dos cosas seguidas – ya había resuelto su cuota de mucho tiempo cuando decidió renunciar e irse –. En este país, más que en cualquier otro, los cambios y discontinuidades permean hasta el clima, y las lluvias son impredecibles como los días de sol. El resto era más fácil de ocurrir: la taquilla cerrada, el empleado que decidió no asistir, el cambio de los formularios, reglas y requisitos, la calle cerrada por protesta o por reparaciones, las taquillas de los bancos o las cajas de los supermercados con el mínimo de empleados cuando la cola era más extensa... “Uno no sabe para dónde va hasta que llega”, le había dicho una anciana y la vida se lo recordaba a cada instante.

“¿Y ahora qué vas a hacer después de abandonar El Cuerpo?”

Y lo había dicho con mayúsculas Patricia, la secretaria, cuando recibió su carta duplicada, la leyó y le estampó el sello de recibido para que él se quedara con una copia. “Abandonar El Cuerpo”; así como quien se exilia, como quien es extirpado, como los cabellos que van a dar al piso en las peluquerías, o las uñas recortadas, como los miembros amputados en los accidentes terribles o en los diabéticos.

Ya no era parte de El Cuerpo y, quizás, ya no tendría otro cuerpo al cual volver a adherirse – digamos un cuerpo colectivo, un espacio de convergencia de quienes buscan reflejarse en los otros y viceversa –, además del llamado cuerpo social, pero hay tantas y extrañas maneras de pertenecer a este.

–Tal vez críe avestruces, me encanta eso que hacen cuando tienen problemas de meter la cabeza y olvidarse del mundo.

Patricia abrió la boca y seguidamente soltó una carcajada. A él le parecía que sonreía con todo el cuerpo, incluso los dientes blancos con algunos problemas de alineación que en ocasiones él pedía morder para sentir como los faquires, así decía, que comía vidrios.

Ella lo dejaba porque no estaba en la Comandancia para negarle nada, y fuera de ella tampoco.

–¡Si sabré yo que metes la cabeza para escaparte!

Aún rotundas las piernas, el busto del tamaño justo sin estridencias de moda, el pelo con crespos rebeldes y esa pátina de goce con la que parecía vestirse todas las mañanas para venir al trabajo. Era un tesoro Patricia, pero los tesoros no se encuentran dos veces.

Y ese tesoro estuvo en su apartamento y las camisas estaban planchadas,

después de lavadas, con una perfección inquietante y la comida a la hora justa todos los días y hacer el amor de jueves a domingo que disfrutó con avaricia de Epulón y que culminó pareciéndole una condena, un camino estrechándose hasta su pepita con un corte muy bajo, no por casualidad, militar.

Pero era hermosa, seguía siendo hermosa, y a pesar del tiempo transcurrido desde que ella decidió volver a la casa de su madre, le dolía no estar para ella que ofrecía y daba tanto sin pedir casi nada, sino mantener un orden en lo interno y lo externo de la vida para poder sobrevivir.

Su escritorio era un oasis de orden y limpieza; a su alrededor, las paredes, los pisos, los techos, las sillas, todo estaba de cualquier manera, incluyendo la rota, desajustada, sucia, desmantelada y desmontada.

Era su lucha; la de él, poder vivir en su mundo derrumbado, carcomido, salido siempre de un bombardeo, cuando no, desierto, sin espejismos acuíferos.

Había pensado que la última vez sería gloriosa. Imaginaba sus pasos marcados en el pavimento detrás de él y su regreso borrándolos para siempre.

Pero no era así.

El kilómetro que quiso recorrer a pie para saborear cada paso, y que pensaba repetir de regreso con más placer, se fue desgastando entre las aceras ahítas de basura, los indigentes y la sensación de habitar un universo en ruinas.

Cuando avistó el edificio ya sabía que solo continuaba porque para llegar a él la ciudad se inclinaba hacia abajo en varios sentidos, incluyendo el topográfico.

Penetró en la oficina del Jefe con una displicencia recién adquirida, sin tocar la puerta, sin esperar respuesta, como Pedro por su casa.

Él seguía siendo Pedro, pero ya no Pedro El Lobo, ese remoquete se

quedaba en los espacios de la Comandancia del Cuerpo de Policía. Tampoco esta había sido su casa y los diez años pasados entre las paredes de su oficina – la más oscura, pequeña y alejada de la entrada – estaba dispuesto a tacharlos, a buscar dentro de él un botón que lo reiniciara y volver al día en que decidió asumir su carrera detectivesca para cambiar ese futuro que se acababa hoy con esta despedida.

Se descubrió caminando, alargando los pasos, adelantando cada pierna con descuido, aflojando más los brazos. Ya no sentía el peso de la pistola medio metida en el pantalón por la parte de atrás, oculta con la chaqueta; es más, desde su retiro, ya no usaba chaquetas.

Hoy, su primer lunes sin trabajo, vestía un bluyín, una camisa blanca por fuera y unos zapatos deportivos. El viernes entregó la que llevaba puesta a un indigente que la revisó con una desconfianza inversa a su necesidad de ella. La olió, sopesó, revisó cada bolsillo y cuando esbozaba unas incrédulas gracias, ya él había cruzado la calle. El indigente de hoy que recibió la otra chaqueta, miró al cielo agradecido y sonrió mostrando la devastación de su dentadura con donaire. Quizás creía en los milagros. Era una piel vieja que, como las de las serpientes, hay que dejar que se la lleve el tiempo. Pudo haberla quemado, arrojado a El Guaire, a un contenedor de basura. Nada lo empujaba a esa decisión filantrópica, pero no tenía la mínima voluntad del entierro, el ahogamiento o la cremación, sí la del olvido.

Dudó antes de cruzar la calle. Esperó que algunos vehículos que transitaban lentos por la zona pasaran.

Era otra manera de vivir la duda. Dudar era propio del oficio que dejaba. Se dudaba de las evidencias como de la ausencia de ellas, de los móviles – que

siempre le parecieron más complejos – como de la inexistencia de ellos.

Asistió a escenas de homicidios que solo se podían explicar hurgando en el agujero negro de cada uno de nosotros. Se impresionó con puestas en escena de suicidios que denotaban una exquisita elaboración, una feliz entrega a la tarea de despacharse de este mundo con todos los detalles. En uno de ellos creyó entender a cabalidad la expresión de un expresidente cuando habló ante las cámaras televisivas de auto-suicidio, por la particularidad enfermiza de lograr el suicidio irrepetible, hecho a mano...

Ya empezaba de nuevo a dejar que su mente vagara y se entretuviera en soberanas pendejadas. Era otro síntoma de la renuncia.

Queda claro que en otros momentos dudar es morir.

Se dispara antes que el contrario o no siempre queda tiempo. Y los delincuentes saben, intuyen o simplemente obedecen al mecanismo de acelerar lo que haya que pasar.

En las cárceles se sufre, lo saben, pero también se hacen pingües negocios, se está en no pocos casos mejor que fuera. Para los pranes, las cárceles son permeables y las habitan porque están seguros allí, rodeados de sus *luceros*, mejor armados que los policías.

Fuera de los enfrentamientos con el hampa, la duda de un investigador es su condena.

Dudó ante la puerta de la Comandancia si ingresar o seguir y llamar al Jefe luego. Lo primero que notó al entrar fue el calor húmedo de la lluvia del día anterior. Sí, las lluvias de agosto en esta ciudad eran de agua caliente o por lo menos templada, muy diferentes a las de septiembre que ya comenzaban a ser un poco frías.

Caliente y húmeda estaba la cabeza y la camisa del Jefe y no era el reflejo del rojo de esta en su cara: era un lechón cerca de las brasas que avivaba un ventilador cadavérico. Iba a preguntar por el clima del lugar – siempre más cercano a un quirófano que a una cocina de restorán chino – cuando el lechón señaló, sin mirar detrás de sí, el hueco en la pared por el cual se veían unos retazos de pinos y un cielo sin grumos ni brochazos, pintado de azul con pistola.

– Se lo robaron – dijo mientras se secaba con un pañuelo de color indefinido –, se lo robaron.

–¡Qué cagada!, ¡qué coños de madre! – no pudo aguantar más y rio con tantas ganas que subió dos tonos más el rojo de arrechera de Felipe Hernández, su ex-Jefe, pronto a estallar y llenar todo con la manteca gruesa de su gordura –. ¿Y ya pusieron la denuncia?

– ¡El coño de tu madre! – silabeó para contenerse; el humor no era su fuerte. Casi nunca sonreía. Se le notaba el desuso, la falta de entrenamiento –. Te hacía lejos.

Pedro Flores, el ex-Lobo arrimó la silla para quedar frente a frente al hueco de la pared. Si veía a Felipe a los ojos se reiría... y venía a despedirse.

– Vengo a despedirme y a agradecerte todo lo que me has enseñado en estos años. Tienes también la opción de creerme – le dijo desviando la mirada del hueco, pero aún revoloteaban restos de su carcajada –. Admiro tu resistencia, tus veinte años en esta vaina.

¿Qué le podía decir? Lo veía relajado, tranquilo, ya fuera del cuerpo y sin necesidad de mentir.

Su mejor detective se iba y el hueco que dejaba en la Comandancia era más grande que el de la ausencia del aparato de aire acondicionado.

–Ayer mismo quedaron en traer el de la oficina tuya, pero en este país, salvo la muerte, todo ocurre después. Desvestimos un santo para vestir otro.

Pedro no pudo evitar recordar aquel fragmento del cuento de Luis Britto García, *Los constructores de Babel*, remachado en su memoria: “...ordenó la demolición de las bases de la torre para añadir aún pisos suplementarios a la vertiginosa aguja, la torre crecía devorándose a sí misma, violando la Nada con su ariete siempre en crecimiento y siempre en destrucción”.

–Así es el país – dijo Felipe Hernández como adivinando sus pensamientos –, así es, pero tú debes estar tranquilo: la isla de Margarita es lo más parecido a otro país nuestro. ¿Y has pensado qué vas a hacer ahí, cómo te la vas a arreglar?

Estuvo tentado a decirle que se dedicaría a la caza, la pesca y la recolección de frutos como los hombres primitivos pero se contuvo.

No solo era el calor húmedo lo que se sentía, era otra cosa más densa que alguna brisa perdida que entraba por el hueco no lograba disipar. Y mirar el hueco lo remitía a una idea que tenía años dándole vueltas en la cabeza: el desmontaje. Quizás su propia vida empezaba a desmontarla como una carpa de circo para instalarla en Margarita. La demolición y el desmontaje de tantas cosas.

–¿No me vas a responder?

–Aún no lo tengo claro; quizás me dedique a la caza, la pesca y la recolección de frutos como los más antiguos pobladores.

Así estaría de jodida la vaina que el gordo no le mentó la madre y él la reclamó, porque las mentadas de madre de su ex-Jefe eran lo más polisémico

que conocía.

–Esto está tan podrido que necesitamos un agente por cada agente que hay para evitar que el primero robe, pero nada garantiza que el que asignamos para que lo evite no necesite a su vez a otro... pero, bueno, no te cuento nada nuevo, aunque es nuevo el aumento de la frecuencia, la cuantía y la diversidad de los robos. Veinticinco armas destinadas a ser destruidas mañana desaparecieron del depósito en la madrugada de hoy.

–Mierda.

–Sí, mierda recargada. No te recomiendo que te vayas tan pronto. Vendrán a husmear, hacer preguntas, levantar informes... hasta que lleguen a descubrir quiénes están involucrados y... ¿sigo?

–No, no hace falta.

–Esta vez tampoco yo tengo nada que ver. Hace muchos años no tengo nada que ver.

Era la frase de máxima confianza de Hernández, destinada exclusivamente a aquellos que lo respetaban, querían o temían: el gordo Luis Miguel y él, aquí; afuera, su esposa y una prostituta de *El jardín rojo* con la que había tenido un romance de burdel unos años atrás. El Inspector Luis Miguel le temía, él lo respetaba, y su esposa y la prostituta lo querían. Además de mostrar su honestidad – asumiendo que no lo había sido –, Hernández se redimía ante ellos cuatro de su pasado, demostraba y se demostraba a sí mismo que no siempre nadar en el mar de mierda de los negociados con armas, drogas, estafas y extorsiones salpicaba a todos, que se podía pasar de miembro activo a pasivo vistagorda, una falta tan minúscula comparado con lo otro que hasta parecía heroísmo.

Miró la humedad, mancha verde debajo del hueco, el limo perdiendo brillo, comenzando a cuartearse. Uno de los colores de la desidia extendiéndose por las paredes, trepando o bajando de los edificios, anidándose en la basura acumulada en las calles, en el agua estancada del complejo de piscinas deportivas, en el tanque de agua de la Comandancia por su tapa rota. Si colocaban el aparato de aire de su oficina, seguro volvería a brillar, a revivir, a extenderse, a reclamar su presencia omnipresente y omnipotente; el de su oficina comenzaría, entonces, a cuartearse, mientras no colocaran otro aire de otro lugar...y continuaríamos los periodos de verde brillante y verde opaco.

La barriga de Hernández era alta. Parecía el efecto de meter el abdomen y subir el pecho para mostrar liderazgo, así, su estatura menos de media podía ser compensada con el grosor del pecho y el abdomen tenso. Si lo hizo durante mucho tiempo, ya le era natural esa compresión de músculos, pero le tatuaba una inquietud como de sufriente de hemorroides.

–Descubrirán que yo no tengo nada que ver, que tú no tienes nada que ver, que Luis Miguel tampoco ni las secretarias, hasta que el tamizado les deje a López, Álvarez y Montilla y... Disculpa, siempre pregunto ¿sigo?, y como la respuesta es siempre sí o el silencio del sí, continuó automáticamente.

–Tranquilo, no pasa nada.

También sentía compasión por él. Con tan altos valores después de ser ascendido, confinado a una oficina, lejos de los ajetreos del patrullaje, las redadas y las incursiones en los barrios, los triglicéridos competían con el colesterol malo y la glicemia, el ácido úrico y todo lo que cuando sube hace que la salud baje.

–Te voy a echar de menos coño de madre.

– Déjate de mariqueras que no van ni con tu figura ni con tu carácter.

Te mandaré fotos por guasá.

–Debí haberme ido hace tanto tiempo. Cuando tenía tu edad y algo de energía para hacer otra cosa, pero ya es tarde para todo.

Quiso decirle que no, que nadie está acabado a los sesenta años, ni aun siendo investigador policial, pero al hombre que miraba lo contradecía.

Si le digo que se vaya de aquí, que desempolva sus conocimientos de administración de su carrera truncada, que con los contactos que tiene de estos años no faltará quien lo quiera contratar, o que podría ser asesor de seguridad de centros comerciales, me va a mandar para la mierda y me va a decir que por qué coño no se lo dije hace diez años cuando llegué.

Pero no era todo. Dentro de él el moho de la pared se expandía en un sentimiento desconocido que hasta a la indiferencia le quedaba grande.

–Mis conocimientos de administración se quedaron en el olvido. Regalé los libros. Ahora todo es con programas computarizados, imposible que yo aprenda esas vainas nuevas. Aquí seguiré; quizás algún terremoto empiece su demolición sanadora de la ciudad por este edificio, un día laboral.

Miró el techo, el vaivén de las láminas de anime del cielorraso manchado y roto parecían un preámbulo y el gordo era adivino. Consideró, entonces, que mejor lo agarraba el terremoto en el restorancito de siempre ante una cerveza o un plato de sopa.

–Párate para darte un abrazo de oso.

–Ahora el de las mariqueras eres tú. Tan machote que te veías hace diez años.

Sin embargo, se levantó, él rodeó el escritorio y abarcó aquella grasa caliente y húmeda: el calor humano, se dijo. Felipe Hernández había recostado su cabeza en su pecho mientras sus gordos pero fuertes brazos ejercían una presión incómoda desde todos los puntos de vista, sobre todo el de alguien que, como él, entrara sin golpear. Hizo una pequeña presión y se separó del abrazo porque los abrazos dicen todo con la duración. Vio su cara a menos de una cuarta de la suya y observó una mirada inédita que le causó un sobresalto que no llegó a tener otra manifestación externa que deshacer el contacto con algo de brusquedad, pero dentro era un barullo de conexiones neuronales a punto de circuito.

–Deberías dedicarte a la lucha libre en tus ratos libres.

–Si sigo así, me convendría más el sumo.

–Bueno, Jefe, cuando decida tomarse unos días de vacaciones y quiera pasarlos en Margarita, no olvide que yo estaré ahí.

– A Graciela no le gusta el mar como a mí: ella es de montaña, frío, y calor pero del llano.

–Entonces, vaya solo.

–Déjate de mariqueras. Y termina por irte que tengo trabajo.

Se cuadró militarmente, se llevó la mano a la frente y dio media vuelta.

Había vuelto a su concha de aspereza, la absolutamente necesaria para ser Jefe de un cuerpo policial, sin embargo, esa grieta que apreció unos segundos le hacía pensar que en Felipe, quizás, la corteza ocultaba algo más que la madera. Pero, ¿por qué tenía que pensar por un solo indicio que había algo más? Quizás porque toda una vida puede resumirse en un acto, en un gesto, en algo irrepetible – se dijo. Planteada la cosa así, qué lo resumía a él,

qué lograba ser conclusivo y sumarial después de diez años como detective de homicidios.

Ahora que me voy me vienen estas preguntas; quizás sea el destiempo lo que haya marcado estos cincuenta años de mi vida, incluyendo, claro, los diez de aquí, un paréntesis nada diferente del resto.

Ya en la calle vivió la certeza de no saber dónde estaba ni en tiempo ni lugar. Dos días atrás, la gandola con sus libros y sus demás pertenencias había partido para Margarita. Ni siquiera tenía que monitorear el tránsito; de eso se encargaba su primo Juan Carlos León, como se había ocupado de comprarle una modesta casita a orillas del mar.

Si cruzaba la calle, podía tomar el autobús en dirección a donde quedaba el apartamento tipo estudio que recién había vendido con la condición de que le permitieran quedarse diez días para resolver su ida.

Después de un tiempo indefinido – imposible siquiera de sospechar los días feriados –, sortear huecos y otros desperfectos de las vías y los transportes, semáforos inservibles, marchas y protestas, lluvias torrenciales o algo más enigmático aún, el humor del conductor, el lastre de sus propias frustraciones, estaría allí.

De su parada al apartamento, cinco minutos toreando vehículos, vendedores ambulantes, indigentes, cagadas de perros en las aceras, demoliciones eternas y reparaciones efímeras. Apenas habían transcurrido unos días desde que cerró el trato y le depositaron el dinero y ya sentía cómo el tiempo se iba estirando velozmente hacia el pasado. Margarita estaba en el pasado remoto y en el futuro inmediato; en el presente, el restorancito y el terremoto, si los dioses le cumplían hoy el deseo a Felipe Hernández.

Lo despertó la ausencia casi total del perfume juvenil, ¡tan agradable al olfato!, y un ruido de pasos quedos – tan suaves como los de la entrada a la habitación – que se alejaban y el sonido – tan mínimo que pareció imaginarlo – de la puerta principal al cerrarse; la de la habitación – que no había sido cerrada – se balanceaba un poco por la brisa como un saldo de despedida.

Se estiró en la cama y dio vueltas sobre ella hasta amenazar una caída en cada extremo. Olfateó con deleite el aroma que aún quedaba de la compañía en las sábanas. Había sido intenso; se lo decía la placidez y la relajación que sentía y un ardor en el miembro que necesitaba algún linimento: estaba feliz y la felicidad parecía abarcarlo todo, rejuvenecerlo, dejarle tatuada esa sonrisa y un brillo en los ojos.

Al fin, derrotadas todas las resistencias, tras meses que le parecieron de cincuenta días cada uno, podía observar el desorden de las sábanas, las dulces humedades desperdigadas, un olor suspendido agrisado de sudores y un sabor a fruta fresca que veraneaba en su boca.

Cerró los ojos para oír los latidos acompasados de su corazón y los trinos bullangueros de los tordos, que ya comenzaban a poblar los árboles florecidos de guayacán de la plaza cercana para dormir. La algarabía de los pájaros – pensó – era la fiesta de su cuerpo y espíritu.

Con su ida había desaparecido el rebañito de cabras de su pelo, el rebaño de ovejas sin esquilar de sus dientes, las granadas de sus mejillas, el color moreno del bronceado de la playa.

Las seis de la tarde, pero era diciembre y oscurecía antes, un viernes de diciembre que anotó en algún lugar de su memoria, sin embargo, en el

apartamento todo brillaba aunque estaba a oscuras; porque el sexo – se dijo – todo lo ilumina y hermosea.

Quería levantarse pero temía abandonar la dicha reciente al dejar el lecho, exiliarse de ese micro universo de dos, perder el contacto de olores, sabores y todo lo que cada átomo de su cuerpo había percibido.

Seguía desnudo y comenzó a acariciarse, escanear las caricias recibidas, duplicar con sus manos un rastro para hacerlo duradero, ayudar al recuerdo con un repaso lento y obstinado. Con el índice se dibujó los labios y sacó la punta de la lengua para rozar la yema del dedo, bajó por la barbilla y en el cuello asistieron los dedos restantes, ávidos, abiertos para abarcar más territorio; con el dedo medio describió círculos en sus tetillas, movió los pelos del pecho como Dios pudiera acariciar las altas hierbas de un prado. Se puso de lado para acariciarse la nalga izquierda con esa mano mientras la derecha tomaba un pene abatido, pero aún con una extensión de satisfacción. Apenas lo rozó porque lo sentía de cristal frágil y dolorido. El dedo medio se hundió entre sus nalgas y llegó a dejar la yema sobre el ano; la mano derecha ya sobaba los testículos, ya subía al glande enrojecido.

Se levantó por una cerveza. Son tus amores más deliciosos que el vino, también que la cerveza – pensó. La casa a oscuras hasta que la luz de la nevera reveló el preámbulo del encuentro, reflejado también en el desorden de los platos y los cubiertos, las servilletas, los dobleces del mantel, las copas vacías como la botella de vino tinto.

Después de sacar la lata de la bolsa de papel, pasó el dedo por residuos de salsa del plato enfrente del suyo y se lo llevó a la boca. Ahora sí la destapó y se dio un trago largo de animal sediento. Encendió las luces y cerró la puerta

de la nevera.

Tomó una de las copas y la lavó repetidas veces. Una y otra vez pasaba la esponja jabonosa y enjuagaba. Luego, con menos diligencia lavó todo lo demás.

Se miró en el espejo del baño; adoptó una postura de físico culturista y se dijo: “aún te queda cuerpo, Juan Barrientos”. Ciertamente. Constató la dureza de los bíceps, el dibujo de los cuadrados bien definidos del abdomen, lo pronunciado de los pectorales. Pasaba de los cuarenta y la calvicie – cuando estaba formalmente uniformado para su oficio – le daba una seriedad y una circunspección única y conveniente. Pero aquí desnudo se podía pensar que esa cabeza era de otro cuerpo, uno desgastado, no fortalecido y atlético gracias a las sesiones diarias con el multifuerza y los kilómetros recorridos en la caminadora eléctrica.

Necesitaba ser reiterativo, recrear todas las escaramuzas, las argucias, avances y retiradas resistidos por esa ciudad sitiada por varios meses que recién caía. Hacer un inventario pormenorizado de toda la estrategia para repetirla en la próxima ciudad amurallada, mejorar la técnica, reducir el tiempo, ponerse como límite de asedio treinta días con sus noches; que el tiempo en estos días no estaba para más Troyas.

O renunciar, elegir otro blanco y comenzar de nuevo; a fin de cuentas, el coto era amplísimo y las piezas por cobrar variadas, múltiples, incautas, desconocedoras de lo demoledora de la artillería verbal, sobre todo cuando se podía envolver el cañón en el papel de regalo del amor, de la entrega, de la generosidad de compartir todo.

Bañarse era una necesidad y una desdicha, pero optó por seguir

conservando – en donde estaba seguro perdurarían por más tiempo – lo vivido en el archivo de la memoria de sus conquistas.

El agua fue en su cuerpo borrón y cuenta nueva en complicidad con el jabón, luego vendría el desodorante, la colonia, el olor de la ropa interior, el pantalón perfectamente planchado como la camisa; el apenas perceptible olor del cuero de la correa y de los zapatos.

Al llegar al estacionamiento, la brisa le planteó un escalofrío momentáneo que disipó al entrar en el vehículo.

Acababa de encenderlo cuando unos toques tímidos en la ventanilla le hicieron voltearse. Bajó el cristal para recibir la cara limpia y luminosa de Amanda en el lado opuesto, con sus ojos brillantes y su sonrisa de trece años.

Extendió el brazo y rozó la mejilla que sabía sonrosada a pesar de que la luz no ayudaba. Estaba tibia. Suave percibían sus dedos la vellosidad diminuta, invisible a los ojos, pero él era un experto.

–Saludos a tus padres, preciosa.

–Ok, gracias, feliz noche.

–Igual para ti.

La cabeza salió del auto como había entrado, con premura.

Suspiró profundo mientras veía el cuerpo en trámite de Amanda que movía por el paso rápido las incipientes formas femeninas bocetadas con decisión. “Buena estatura, estructura ósea caucásica, pelo lacio y rubio, ojos claros, pestañas largas, labios con un ADN moderado de negra, quizás por la abuela.

Sabe lo que será.

Ya se habrá parado centenares de veces ante el espejo para ver cómo

los cambios se dan. Tendrá un noviecito, ya se habrá dado besos de lengua, pero no pasaría de allí. En algún bailecito del liceo la habrán estrujado un poco y sentiría la fuerza del deseo detrás del pantalón. ¡Dios mío!”

Puso la velocidad y salió.

El vigilante de la residencia corrió el portón que desde meses funcionaba manualmente y juntó las manos. Él levantó la mano y la agitó con desgana.

–Es hermoso, ¿no?

–Sí, Amanda, lo es pero...

–Sí, lástima que no alcance siquiera para soñarlo.

–Subamos, ya comienza el programa.

Ya se había detenido tres veces en el hombrillo ante la insistencia del celular; dos veces había escrito monosílabos, pero en la última, las teclas del aparato sufrieron la presión de su molestia antes de ser lanzado al asiento, antes de caer entre este y la puerta.

Pero ahora sonaría, de eso estaba seguro. Su último mensaje no se podía responder ni siquiera con mala ortografía y palabras escritas trucas, lentas, distantes... sonaría y volvería a escuchar, como siempre, un sollozo al otro lado, un reclamo titubeante pero indetenible; luego el sollozo trocaría en llanto con palabras entrecortadas y él tendría que consolar con palabras ya pensadas y dichas, exornadas con la ganancia que da todo sufrimiento para quien desea transitar un camino espiritual de verdadera entrega y tiene que creer que sin crisol no hay verdadera fe.

Sonó y la luz de la pantalla le ayudó a precisar dónde estaba. Se inclinó hacia ese lado, pero le resultó muy difícil no mover el volante en la misma

dirección con la mano izquierda, en segundos el auto se salió de la vía y un neumático estallaba, providencialmente, porque disminuyó la velocidad y quedó a escasos centímetros de un árbol de roble después de llevarse en su paso ramas y brincar por huecos y residuos de asfalto y escombros.

Estaba lívido. Sujetaba el volante con las dos manos, resoplaba y dos lágrimas comenzaron a gestionarse en sus ojos. El celular seguía sonando ajeno al evento con la impertinencia que le es propia. Lo miró y sonrió con tristeza: adivinar lo que harán los otros no siempre da poder, por el contrario puede ser inútil.

–Acabo de sufrir un accidente – le salieron calmadas las palabras como expresadas en días distintos –, pero estoy bien, estalló un caucho y me salí de la carretera. Mañana te llamo, disculpa que no te había atendido, manejaba. Sí, sí, estoy bien, estoy bien, reemplazo el caucho y ya. Te llamo mañana y hablamos.

Se bajó del vehículo e inició el ritual de recambio. La luna de cuarto creciente iluminaba una reciente araña de largas patas plateadas producto, quizás, de una piedrita en el parabrisas en el lado del acompañante. El retrovisor de ese mismo lado colgaba; pero estaba vivo, entero, con el saldo favorable de no escuchar llanto, recriminaciones y juicios, o por lo menos postergarlos hasta el día siguiente.

Al terminar y guardar todo, desandó el trayecto del vehículo. Alumbró con el celular una punta aguda metálica, probablemente soporte de un aviso retirado recientemente. En cuclillas, apretó el extremo hasta hacerse daño, hasta sentir la humedad viscosa de su sangre. Ya de pie, acercó la mano a su olfato, cerró los ojos ante el sabor ferroso y lamió hasta desaparecerlo.

–Perdóname, Dios mío. Gracias, gracias.

Retornó a la vía y como sabía que la prudencia excesiva y el susto de todas formas le durarían poco, aceleró para recuperar el tiempo perdido.

Apenas se detuvo frente al gran portón de hierro, accionó el control remoto. Avanzó por la avenida hasta su puesto de estacionamiento. Una sombra ancha, alta y robusta lo miraba desde una ventana. Entró. Cerró tras de sí y subió las escaleras.

La habitación era amplísima, un arco indicaba la unión de dos cuartos. La cama king size con sábanas y fundas rosas parecía suspendida sobre una alfombra roja. En el fondo un ventanal dejaba ver un balcón, más allá se mecían las matas de mango y cantaban los grillos. Aromas envejecidos de perfumes, de sahumeros, de ropa pesada, de sudor de cuerpo viejo, gordo, sedentario.

Virgenes de yeso descansaban en repisas empotradas en las paredes, pinturas de santos y mártires abarrotaban las paredes y añejaban, aún más la atmósfera de la habitación. Al fondo dos telas cubiertas descansaban en sus caballetes.

Del otro extremo le llegó una voz tropezada por los años envuelta en una sutil protesta.

–¿Por qué llegas tan tarde? “Como manzano entre los árboles silvestres, es mi amado entre los mancebos, a su sombra anhelo sentarme y su fruto es dulce a mi paladar”.

Le molestó profundamente escucharlo. Podía adivinar el brillo de sus ojos. Cada palabra después de la pregunta comenzó a concentrarle un odio como el fuego concentra la sal en el caldo.

Miró lo decrepito de las carnes flojas, pegajosas a pesar del aire

acondicionado, los ralos pelos blancos, los labios apenas dibujados en una boca groseramente ancha, los pelos blancos del pecho. Se contuvo, como siempre. No era la primera vez que esa figura le asqueaba hasta desearle un resbalón por las escaleras, un ACV con todas las demás letras del alfabeto.

–Tuve un accidente. Un vehículo me sacó de la carretera y se espichó un caucho – dijo mientras avanzaba.

–¿Cómo?, ¿estás bien?, ¿no quieres ir a la clínica para una revisión?

–Estoy bien, nada más el susto y esto – extendió la mano y enseñó la herida que como un estigma mostraba la sangre seca –, el parabrisas tiene unas grietas y un retrovisor está desprendido. Yo estoy bien.

–Acércate.

Se acercó, el hombre gordo examinó la mano y depositó un beso.

–Imagino que esta noche...

–No, no, esta noche no. Aún me dura el susto, me siento cansado. Venía a quedarme pero ahora quiero estar solo, regresar a casa. Mañana tendré que dedicarme a reparar lo del carro. Venía a agradecerte el último favor, pero después de esto...

–Tranquilo. Entiendo. Hay otras habitaciones disponibles – susurró el hombre mayor con sugestivo desgano –. Lleva el carro donde siempre.

–Sí, aunque es más de latonería que de mecánica. No estoy para quedarme. Me voy.

–Está bien, está bien, pero antes puedes escuchar esto.

No respondió nada, tampoco era una pregunta. El gordo giró en su silla y encaró la pantalla del computador.

–Acerca la silla y siéntate, cierra los ojos y escucha con el corazón.

Maquinalmente hizo todo. Los ojos cerrados miraban su habitación de horas antes, otros olores, sabores y texturas.

–Está terminada, reviso pero está lista. Este es el primer capítulo.

Comenzó a leer con un entusiasmo recobrado, desviando a ratos la mirada del computador para escrutar el rostro de su oyente, tan inexpresivo ante la literatura como ante el arte, pero hoy más ausente. Viene de sufrir un accidente – se dijo – pero no le bastó para perder el arrebató.

Afuera, Señor, el rumor creciente de la muerte que va y viene como una ola que ensordece cuando se estrella contra el acantilado; otras veces siento el silencio llenarse de la furia de la próxima descarga en su retirada. Aquí dentro, Señor, ordeno palabras que me alejan de ti cuando no son para tu alabanza, pero de las cuales tu voluntad y mi libre albedrío me han hecho prisionero. Te convocan mis sentidos y te saboreo en el recuerdo de mis años mozos en Tagaste cuando la azufaifa en mi boca crujía ante la arremetida de mis dientes y el dulce harinoso de su pulpa fue uno de los primeros contactos con los placeres del cuerpo; pero al final estaba el hueso duro para recordarme que todo placer de este mundo termina en dolor, que todo jolgorio mundano es luego piedra y lápida pesada, que estás al final de todo, inmutable, compacto, más allá de toda alegría volandera. Entonces yo no lo sabía. Lo supe tan tarde, y las horas debajo de ese árbol hasta el hartazgo de frutas y tiempo eran una dicha exacta porque no conocía otras tan redondas como ese fruto prisionero en mis manos. ¿Acaso no eras tú también, Señor, esa fruta y ese deleite?

El tiempo se me acaba, Señor, la muerte ronda Hippo Regius desde la llegada de Genserico y su formidable ejército este mes de junio del Año del Señor de 430. ¿Cumpliré 76 años el próximo noviembre o vendrá el frío metal de afuera

o la herrumbre de mi cuerpo a darle fin a esta vida que nunca imaginé sería tan larga? Solo Tú lo sabes desde que vine a este mundo, solo Tú sabes el vencimiento de mi cuerpo. Nada más te pido, Omnipotente, me permitas terminar estas confesiones tan distintas a aquéllas, mis primeras, escritas en el vigor de mis cuarenta años, aún acicateado por los deseos del cuerpo, aún preñado de dudas más que del Espíritu Santo, aún convulso y díscolo, aún buscándote por los rincones. Tu misericordia mantiene mi mente lúcida, con extrañas lagunas ocasionales de olvido, para ser sincero, pero mi mano tiembla, los dedos se agarrotan y el aire se me agota cuando releo cada frase. Recién comienzo hoy, 25 de junio, y sé que lo mejor que pude escribir, bajo tu égida y luz, quedó en el pasado. Aquí conjuro mis demonios, Señor, cuando falta poco para que tu clemencia infinita me acoja en su seno. Perdóname este acto de soberbia: escribir para mí. Mirar mi rostro en el agua por última vez y contarme, hablarme con las palabras, con las mismas que construí catedrales de folios que te veneran, con las que defendí tu amor por los hombres. No mires estos folios con tus ojos de justicia, ni con la ira de tu castigo. Atrás queda lo escrito por mí que la humanidad, para tu gloria eterna, conservará y traspasará los siglos como Tú mismo, el de todos los lugares, el de todas las épocas. Y quedará porque Tú dirigiste mi mano, ordenaste mis ideas y alentaste mi espíritu.

Para esta última empresa, Señor, rendida la ciudad a Genserico tras catorce meses de asedio, cuento contigo, y a cada momento, cuando flaquee mi cuerpo de anciano, te reiteraré mi pedido con la exigencia de quien te entregó más de la mitad de su vida, vida que es tuya, pero también es mía.

Desde que los enemigos de tu Iglesia, Señor, vencieron toda resistencia y llegaron hasta esta ciudad sembrando las dos muertes: la de los hombres y la

que porta Arriano, que es esta peor muerte que la primera terrenal porque nos niega el Cielo; me he preguntado: ¿Por qué lo has permitido, Señor de los Ejércitos? Tú, que condujiste a Josué con los hijos de Israel y con trompetas y gritos cayeron las murallas de Jericó y abatieron a su rey, como cayeron bajo el filo de tu espada en manos de los hijos de Israel el rey de Hay, el rey de Laquis, el de Dabir, el de Gueder, el de Jorma, el de Arad, el rey de Maceda, el rey de Bétel, el rey de Maggedo, el rey de Tirsa y tantos otros. ¿Acaso no estabas allí, Señor, cuando Apolonio reunió un gigantesco ejército y vino desde Samaria a hacer la guerra a Israel y Tú le diste la victoria a Judas, apellidado Macabeo, quien dio muerte a Apolonio y tomó su espada? ¿No eras Tú, Señor, el que puso en boca de Judas Macabeo, ante el miedo de su tropa a enfrentar a Serón y sus huestes impías, estas palabras? Dios Guerrero: “Fácil cosa es entregar una muchedumbre en manos de pocos, que para el Dios del cielo entre salvar con muchos o salvar con pocos; y no está en la muchedumbre del ejército la victoria en la guerra: del Cielo viene la fuerza. Estos llegan contra nosotros llenos de orgullo e impiedad para apoderarse de nosotros, de nuestras mujeres e hijos, y saquearnos, mientras que nosotros luchamos por nuestras vidas y por nuestras leyes. Dios los aplastará a nuestros ojos; no tengáis miedo de ellos”. Viviré poco con estas dudas; quién sabe si menos que la llama débil de la palmatoria, menos que la próxima línea.

Con Genserico vencerá también Arriano, y mis postreros días son más parecidos al Apocalipsis de Juan que a las venturas de tu Reino en la tierra. Te lo confieso, Señor, porque ¿qué podría haber oculto en mí, aunque yo no te lo quisiera confesar? Nada.

La mancha infame de las invasiones se fue extendiendo. Les fue

quedando pequeña la inmensa tierra conquistada. Caída Roma vinieron por más porque la ambición se alimenta de sí misma y gobierna a las criaturas voraces que somos, insaciables para todo lo que perciben los sentidos.

Algún día llegarían y llegaron.

¿Cómo no sentir, Señor, tu abandono en esta hora, cómo no hacer nuestras las palabras de tu hijo en el Monte de Los Olivos al saber contadas las horas de su vida terrena?...

Interrumpió la lectura porque dos monólogos jamás suman un diálogo y el otro, el que se desarrollaba en silencio en la otra cabeza, con toda seguridad en nada conectaría con el suyo. Pero cedió a la facilidad de las preguntas retóricas.

–¿Qué te parece?, ¿cómo te suena al oído y al corazón?

–Ehhh, bien muy bien.

–Tranquilo, discúlpame tú, por favor, no pude contenerme. Después de lo que te pasó, aturdirte con mis cosas. Ve a casa, descansa, te acompaño a la entrada.

–¿Por qué me odia tanto Clemencia?

Fingió sorpresa ante la pregunta.

–Me quiere mucho, se crio conmigo desde niña. Ha vivido casi toda su vida con la familia.

–Sabes que esa no es la respuesta.

–Es la mejor que te puedo dar un día como este – se colocó un albornoz púrpura y lo empujó suavemente por la espalda –, vamos.

Clemencia lo encaró en la entrada. Él la esperaba a ella y a su reconvencción con la fatalidad de los culpables.

–Mi querido Obispo, ¡ese hombre te va a perder, renuncia a él!

–¡Sí, Clemencia, sí!, pero ya es demasiado tarde. Dios en su infinita bondad se apiade de nosotros.

–Amén – dijo Clemencia con el mismo tono con el que se suelta una maldición y cerró de un portazo.

Se acostó de lado porque le dolía demasiado, y no era ni el dolor ni el tormento mayor.

Después de la llamada había llorado en silencio, había querido morirse y resucitar para poder tener la posibilidad de morir de nuevo.

Ahora que una tras otra sus defensas fueron derribadas los últimos meses de su vida – su dolor necesitaba esas precisiones para ser más despiadado, más autocastigador –, recordaba con dolorosa claridad el principio del abismo que hoy lo tenía en el putrefacto y oscuro fondo que juzgaba merecido.

Íbamos doce en el autobusetete alquilado para llevarnos a la casona El Paraíso. Doce como los apóstoles nos había dicho Juan Barrientos, cuando en compañía de otro sacerdote, Cristian Cardona, nos daba palmadas suaves por la espalda – o más abajo – mientras subíamos al vehículo.

El Paraíso está alejado de todo – meses más tarde entendería lo lejos que estaba ese paraíso de serlo verdaderamente, como todos los paraísos –, sobre una loma, en un terreno extenso con matas de mango, cocoteros, robles, y otros árboles que desconozco. Dos plantas, rematadas con un ático en desuso. Su fachada da al cerro de Guayamurí, por donde sale el sol, en la parte posterior una piscina con tobogán y una churuata con su parrillera, mesas y asientos de concreto, tumbonas alrededor de la piscina en forma de pez. Supe más tarde que la iglesia la había comprado para retiros espirituales, convivencias y para alojar, de cuando en cuando, a autoridades de la iglesia en misión pastoral.

Cantábamos por el camino acompañando las voces de los sacerdotes; el conductor, quizás habituado a estos recorridos, oía su música con audífonos.

Fuimos dejando los pueblitos, luego se acabó el asfalto y el viaje se hizo

más lento, polvoriento, los sembradíos fueron sustituyendo al cemento y los ranchos a las casas. “Verde es el color de la esperanza”, me había dicho el sacerdote Manuel Berríos cuando en mis inicios como monaguillo lo ayudaba a vestirse. Entonces no perdía la oportunidad de enseñarme: “No es capa esto que me pongo, yo no soy Súperman, se llama casulla, ni es una bata blanca, es alba, su nombre; ni tampoco me ahorco la cintura con un cordón, ¡por Dios, Marcelo Peralta!, se trata del cíngulo”. Me había reído hasta entorpecer mi labor. Recuerdo que después de calmarme le había dicho que eran una capa, una bata y un cordón. “Sí – respondió –, es eso, pero toda ciencia, arte u oficio construye su propio lenguaje. ¿Cuántos tipos de capas, batas o cordones hay?”

Y se extendió a hablar de los colores de la estola, según el tiempo litúrgico. “La estola, no la cinta que me cuelgo en la nuca”.

Se acrecentó nuestro afecto desde esa vez y, luego de mis deberes escolares, dos o tres veces a la semana pasaba por mí y me llevaba a su casa a leerme fragmentos de La Biblia, de los filósofos Sócrates, Platón y Aristóteles, de San Agustín y de Santo Tomás.

Una tarde – cansado de tanta lectura porque me entregaba libros para leer en casa – me aventuré a preguntarle si no bastaba la fe para seguir el camino sacerdotal. “Ese es el camino fácil, cerrar los ojos del entendimiento, creer a ciegas, pero ¿crees que se debe creer sin comprender? No sé, dije, y él continuó hablando de fe y razón y tantas cosas que no comprendí en aquel momento y que aún hoy, meses más tarde del viaje a El Paraíso todavía no comprendo.

Al regreso de unas vacaciones a Maturín, ya el Padre Manuel no estaba. Lo habían transferido fuera de la isla y los libros que me había regalado se fueron llenando de polvo en el estante.

Dejé de acompañar la misa, pero los jóvenes de la Legión de María, donde estaba una de mis hermanas, me pidieron que ayudara al nuevo sacerdote. Así conocí a Juan Barrientos, joven, atlético, preocupado por mantener un cuerpo de fisicoculturista a fuerza de máquinas que tenía en una habitación de su vivienda.

Nada de lecturas ni discusiones ni preguntas. Por el contrario, iba casi todas las tardes a jugar baloncesto en la cancha, algunos fines de semana a excursiones a la montaña, acampaba en la playa o recorría largas distancias en su bicicleta.

Las viejas del pueblo empezaron a recelar de un padre que nunca, o casi nunca, usaba la sotana, fumaba antes de officiar misa y tenía una cohorte de jovencitos que lo acompañaban a todas partes, incluyendo reuniones y fiestas porque cantaba y tocaba la guitarra con moderado talento. Pero era joven, alegre y la iglesia necesitaba captar – o capturar, entiendo hoy, ya muy tarde – a la juventud.

En la sede del Centro Cultural se discutió el asunto. La Asociación de Vecinos, a petición de las preocupadas Hermanas de la Cofradía del Santísimo Cristo, llamó a reunión aprovechando la circunstancia de que el sacerdote había viajado a Caracas por unos días.

Un centenar de vecinos abarrotaron el lugar; nosotros y los que llegaron tarde nos asomábamos por las ventanas.

Las Hermanas fueron aplastadas, eso sí, después de escucharlas en un silencio que las sorprendió muchísimo. Cuando cada una de las tres representantes expuso las razones para protestar al nuevo sacerdote, esperaban ser interrumpidas, creían que tendrían que pedir que cesaran los murmullos.

Nada de eso ocurrió.

Cuando la última bajó de la pequeña tarima miró a sus compañeras y certificó en sus miradas que esa batalla estaba perdida.

Los deportistas hablaron de los balones que había regalado el Padre; un sociólogo habló largamente de cosas que no entendí, pero fue aplaudido con furor; una muchacha de la Legión de María sostuvo que la iglesia o se renovaba o perecía...

Nosotros estábamos contentos. Yo, a pesar de no acompañar fuera de la iglesia al cura, consideraba, como todos, lo ocurrido una victoria de lo nuevo contra lo viejo, así de simple.

El autobusetete se detuvo frente a un portón. El conductor sonó la corneta. Un señor mayor se acercaba lentamente por el sendero.

Después de ubicarnos en las habitaciones de la planta alta, nos llevaron al área de la piscina. Debajo de la churuata, dos mesas con recipientes con comida humeante esperaban por nosotros; en otra, dulces, galletas, gelatina, quesillo, en una cesta de fibra forrada con un mantel estaban los cubiertos.

Comimos con apetito voraz. Eran manjares ausentes de nuestro menú ordinario.

La tarde caía y el cielo se adornaba con muchos colores.

Luego de la comida, vi salir a una señora de la cocina y dirigirse a Juan Barrientos que fumaba en un extremo de la mesa. Le habló al oído. Él le dijo unas palabras y le hizo unas señas, ella encogió los hombros y se dirigió al autobusetete, ya encendido, donde la esperaba el conductor y el señor que había abierto el portón. Se marcharon.

A una seña de Juan, Cristián encendió unas tímidas luces que dejaron

todo en una semipenumbra.

– ¡Queridos hermanitos en Cristo! – dijo Juan Barrientos con voz alegre –. Ahora que solo estamos sus hijos escogidos para ser soldados de su ejército, comienza nuestra convivencia de paz, amor y alegría. ¡Todos a la piscina!

Ante la protesta de la mayoría – porque no había traído sus trajes de baño –, respondió que tampoco hacía falta: todos éramos hombres.

–¿Por qué eres tan esquivo conmigo?

Pasaron unos segundos en medio de risas, correteos alrededor de la piscina: éramos niños, casi niños; hombres no éramos, de eso estábamos seguros.

Fue Tomás el primero que se quitó los pantalones y la franela y se lanzó en ropa interior. Cristian Cardona en traje de baño lo secundó. Y como si este fuese la ficha del domino que arrastra en su caída a las demás ya todos estaban dentro arrojándose agua a la cara.

Cristian se sumergía en un extremo y aparecía por el otro dejando una estela de brincos y risas.

La luz del día moría, los grillos entonaban por todas partes sus cantos, los tordos finalizaban su jolgorio en las ramas de los robles.

Juan Barrientos había encendido otro cigarrillo y miraba hacia la piscina sonriente. Yo, inmovilizado, miraba hacia el valle oscuro y sentía más fría la brisa, más hondo el valle.

Al terminar de fumar, se levantó y comenzó a quitarse la ropa y a dejarla caer sobre una silla.

Ya no me miraba. Solo cuando estuvo en traje de baño volteó y me dijo:

“El cuerpo es un regalo de Dios. Si fuese pecado no lo hubiese hecho tan bello, tan rudo y sutil al mismo tiempo”. Continuó hablando, pero no recuerdo todo, me quedan trazos de palabras que ya no puedo asegurar si las dijo: goce, amor, desnudo.

Entró a la piscina, se dirigió a Tomás y a otro que no podía reconocer por la falta de luz. Ambos salieron y se dirigieron a donde yo estaba. Era Esteban, un fornido hijo de pescador, que vi sonreír cuando ya lo tenía tan cerca.

Entre los dos me atraparon. Antes de que me lanzaran comprendí lo inútil de mi resistencia y les pedí que me soltaran para quitarme la ropa. En interiores, con menos decisión y más frío que los demás entre al agua.

Los dos sacerdotes se sumergían y nos tocaban entre las piernas, al salir gritaban de júbilo: no siempre era unánime el bullicio de aprobación. Tomás y Esteban fueron a colgarse de las ramas bajas de un árbol de cotoperí para hacer ejercicios.

Yo desde una esquina observaba atento. Ya habían logrado convencer a Douglas y a Jesús de que se quitaran los interiores y nadaran de lado a lado, mientras al pasar cerca de los sacerdotes, estos le trataban de dar nalgadas. “Todos somos hombres y el cuerpo no es pecado”, habían repetido en más de una ocasión.

–¿Por qué eres tan esquivo conmigo?

Ahí estaba de nuevo, acorralándome en la cola del pez, la parte más llana. Tenía la mano derecha metida dentro del traje de baño.

Los demás chicos giraban en torno a Cristian que tenía un interior tapándole los ojos y jugaba a la gallinita ciega.

Tomás y Esteban se balanceaban, ya con una mano, ya con otra, ajenos.

La brisa trajo un aroma a jazmín malabar.

Era una noche sin luna y las luces apenas alcanzaban a levantar pálidos reflejos en el agua de la piscina.

–Dame un beso.

Había sacado la mano. Podía sentir el olor a cigarrillo. Me apoyé en el borde y salté con todas mis fuerzas. Lo golpeé entre las piernas sin querer, pero con fuerza y evité que me atrapara. Corrí hasta la mata donde estaban los improvisados gimnastas.

Desde allí vi el manchón de su cuerpo apoyado con las dos manos, la cabeza inclinada. Quizás maldiciéndome, jurando venganza, pero sí, seguro pasando el dolor solo, como yo también, aunque dolores distintos.

El Paraíso, las veinticuatro horas restantes, fue mi infierno.

El resto de mi historia hasta este día me la salto.

Puedo resumirla con pocas palabras. Asedio – una de ellas – desde que entré al seminario. Creí, iluso, que mi reacción había sido lo suficientemente clara. Vergüenza, otra, una vergüenza callada que nada más explicitaba en mis oraciones, pero ¿acaso me escucharon desde el Cielo? ¿Acaso era yo motivo para que Juan Barrientos desviara su camino espiritual? “Es que son tan hermosos los jóvenes a tu edad”, me había dicho antes de proponerme que si sentía deseos de masturbarme, recurriera a él que conocía técnicas que para nada ofendían a Dios. Mi silencio me hizo culpable, mi silencio evitó que se conociera lo que pasaba dentro del seminario. ¿Quién era yo para denunciar?, minúscula oveja del rebaño del Señor, como me repetía Juan Barrientos. “Piensa en el daño que le harás a Dios, a tu amado Obispo, a su Iglesia, a tu querido sacerdote Manuel Berríos, a tus compañeros”.

* * *

No volveré al seminario.

Renuncio a esa idea de salvar almas, Señor, cuando ya la mía habita el infierno.

Ya no soy el mismo ni volveré a serlo.

Si mi silencio construyó un monstruo, de mi silencio no saldrá.

Asumo la parte de mi culpa, cierro mi boca, Señor, para salvar tu Casa.

No tengo fuerzas ni siquiera para levantar la mano contra mí mismo.

Debí desechar la idea de entrar al seminario aquella tarde en El Paraíso. Era suficiente para escapar, pero hoy, ya con dieciocho años, sé que la vida es menos lo que pensamos que lo que hacemos. Ya soy mayor de edad y dueño de mis actos según las leyes. ¿Podrá prosperar alguna denuncia? ¿Quién me creería si cuento que algo había en ese vino que tomé en esa cena, que abandoné su casa sin saber exactamente dónde estaba y adónde iba, pero que la costumbre me llevó a mi propia casa?

Han pasado muchos meses, hasta la botella de vino habrá desaparecido en la bolsa de basura del otro día.

Las heridas que quedan en mí son muy internas, solo yo me las puedo ver, solo yo puedo restañar al despertarme un dolor que me hizo alejarme por completo de la iglesia, de la fe, de la esperanza, de todos los paraísos.

Tengo el resto de la vida para reencontrarme contigo, Señor, o por lo menos conmigo. Pero ahora mi fe es del tamaño de un grano de mostaza y se sabe incapaz de mover montañas.

Salva, Señor, a los que están a punto de caer, a los desvalidos. ¿No estás acaso atento a las necesidades de los pobres, de los humildes, de los ingenuos,

de los puros de corazón?

¿Dónde quedó la fuerza de tu brazo de justicia, de tu brazo vengador?

¿Si entre el Cielo y la tierra no hay nada oculto, dónde estabas, dónde tu omnipresencia?

Soy un libro oculto en esta inmensa biblioteca donde trabajo. Un ejemplar sin cota, nunca abierto porque no existe para nadie más que para mí mismo. Nada más yo me abro y me miro, me cierro y oculto.

El psicólogo convenció a mi madre que mi decisión de entrar en el seminario tenía la desorbitada pasión que lucen, no pocas veces, los que no están convencidos y que, por lo mismo, nada era de extrañar mi abandono repentino.

Uno está dentro de su madre nueve meses; ellas están dentro de uno por el resto de la vida.

La mía miró al psicólogo con un interrogante firme, convencido, pero cómplice, sopesando si acaso no era mejor dejar sus sospechas, sacrificar el deseo de desentrañar verdades para llegar a la génesis de una decisión abrupta que echaba por tierra un convencimiento fraguado con los años. “Comprendo – dijo –, es muy joven, creía estar claro, decidido, dispuesto, pero no era así”. “Exactamente, señora, como usted dice es. No todos llegamos a la misma velocidad ni al mismo tiempo a descubrir lo que realmente queremos”.

Esa tarde comimos helados en silencio, después de caminar un largo trayecto también en silencio.

Yo esperaba en cualquier momento que se detuviera y me pidiera que nos tomáramos un café en cualquier sitio; no fue así.

Llegamos a la heladería de siempre y me miraba como siempre, pero en

ella mirar como siempre era una manera de mirar distinto.

Sabía yo que ella sabía más que el psicólogo; que en ese largo camino a pie miró el futuro que podían ocasionar sus palabras que comenzaron siendo interrogantes y ya volaban como certezas. También pensaría que presionarme para ponerme en la delicada situación de contar una verdad incómoda, a pesar de todo el apoyo, la comprensión y el amor posible podía ser fatal para mí, para ella, para nosotros que aprendíamos a querernos.

Ahora me pesaba que no dijera nada, que renunciara a preguntar, con todo el derecho que tenía, pero sobre todo, con toda la pena que sentía por mí.

A ratos despegaba los labios de la cucharilla de helado o la dejaba suspensa hasta que este volvía a caer en el vaso, y en cada uno de esos instantes, yo fraguaba una mentira contundente, o dubitativa para hacerla más creíble, una media verdad, o un silencio prórroga; nunca, eso sí, la verdad, porque tampoco la tenía toda. Explicar las lagunas no me era fácil y luego de la primera copa de vino todo había sido laguna hasta que hice aquella llamada.

¿No estaría yo dispuesto a ceder antes de tomar el vino con la sustancia que me indujo a ese abandono de mi voluntad?

¿No habría algo en mí que precipitó los acontecimientos? Ciertamente que yo había sido firme en mi decisión de no caer, en esquivar añagazas y trampas, pero... ¡qué me digo! Había ido, creo, a buscar un libro de teología prometido y estaba el banquete y mi hambre y el vino prohibido en casa ya servido en dos copas...

No le puedo entregar a ella la fetidez de mis dudas. Es más fácil para mí vivir con ellas.

Cuando terminamos los helados. Dobló meticulosamente la servilleta,

limpió algunas gotas caídas, la introdujo en el vaso con la cucharilla. “Cómo nos cambia la vida de un momento a otro, ¿no?”

Pues sí – respondí –. Hasta allí había llegado, y un sí era lo que ella esperaba.

Frase lapidaria por lugar común que sirve en todos los casos para cambiar de tema, o de sitio, para callar, para terminar.

* * *

Soy el encargado de cerrar la Biblioteca Central.

A las 5:45 de la tarde hago sonar un timbre discreto, los investigadores o los lectores se preparan para abandonar otra jornada.

Cuando quedo solo recorro los pasillos, alineo los volúmenes – como si les hiciera falta –, recojo alguna hoja o trozo de papel abandonado, retiro los restos de goma de borrar que dejan los estudiantes jóvenes en las mesas.

De espaldas a mí son como yo: una mínima información en sus lomos que, aunque de ordinario tiene la misión de orientar, no siempre nos deja certezas de lo que hay dentro. ¿Cuántos hay que nadie abre en años, en décadas?, o que abrieron nada más para fijarle la ficha, su identidad, ubicarlo en el lugar de convivencia con los otros.

Voy dejando a oscuras el recinto por secciones, aunque puedo hacerlo con un solo interruptor cerca de la salida. Es como una despedida a plazos de mi día.

Ya en el mesón de la recepción, apago el computador, me vuelvo como a la espera de un diálogo de libros, un cuchicheo apenas perceptible, es una

tontería, pero disfruto sobradamente que también los libros quieran decir algo antes del descanso.

–Lo siento, se me hizo tarde, “buenas noches”, sí, ya sé, pero... puedo llevarme un libro de préstamo circulante – lo había soltado con desespero como si estuviera en la última farmacia de turno inquiriendo por un medicamento urgente –, por favor.

–Ehhh, bueno, sí, ehh, ¿cuál?

–**Confesiones** de San Agustín.

Era hermosa, aun de prisa, y sonreía hasta con el más recóndito de sus cromosomas.

Estaba allí frente a uno de los edificios más horrendos del mundo. Apoyado displicentemente en la verja del Museo de Arte Contemporáneo Francisco Narváez en la ciudad de Porlamar.

Miraba la magnificencia de la fealdad condensada en esa mole que respondía al nombre femenino de Guinamorena.

En cada uno de los balcones, que daban a la calle Igualdad, las ropas colgadas le daban un plus de desaliño a las rejas, casi todas distintas, oxidadas, retorcidas por el óxido, el humo de los carros, el descuido y el abandono.

Se tocó maquinalmente el bolsillo del pecho: ya no fumaba, quedaba el gesto.

Esa imagen de horror de una construcción – como un quiste maligno en medio de la ciudad – trasplantada de no sé sabe cuál lugar de Caracas; porque eso parecía, un edificio arrancado de allá y acuñado entre la calle Díaz y la calle Fajardo, con un riachuelo pestilente que le pasa por un costado con sus aguas oscuras y ofendidas de desperdicios.

Regreso, la otra cara de su moneda, el envés de su renuncia.

Pero, qué hacía allí mirando ese edificio. Qué hacía allí cuando ya parecía sospechoso que alguien siquiera se detuviera a observar por un segundo encima de la planta baja donde están los locales comerciales.

Miraba los años de la agridulce felicidad de su vida de niño y adolescente.

La maravilla de cruzar la calle y adentrarse en el museo para ver exposiciones de pintura, escultura, grabado. Ver películas por las noches y constatar que hay mundos dentro de mundos; que a los gritos de los vendedores ambulantes y usurpadores de las aceras con sus tarantines podía oponer el

canto coral, los conciertos de cámara o los grupos musicales diversos que muy a menudo se presentaban en el *hall*.

Pero un día, su pequeño mundo, el del espacio siempre reducido de la conserjería se pobló de un universo completo, complejo, divertido.

Lugar de privacidad dudosa que debe mantenerse sin llave, con su puerta marcada por el golpe de los nudillos a cualquier hora del día – y de la noche –, lugar asediado por las contingencias, las emergencias y los caprichos de los inquilinos, caladero de los reclamos más inverosímiles; la conserjería era, con su reducido mobiliario ruinoso, trajinado por el tiempo y los diferentes tratos, siempre con menos luz que la necesaria, donde se debía ejercer mayor tolerancia.

Ahí había vivido como se vive en un lugar prestado y donde se encontraban tapizando las paredes de la única habitación – impensable para los demás residentes – mil libros, cifra exacta que ni crecía ni disminuía; producto de un inquilino en retirada que los había ido bajando en cajas una noche solitaria y le había pedido a su madre que los conservara hasta que pudiera llevárselos. Esos libros – ni propios, ni ajenos – acompañaron su infancia y su adolescencia. Compañía, real y cierta para ambos: su madre los leía después de sus oficios externos o internos hasta altas horas de la noche, y él a partir de las tardes cuando regresaba del colegio y se hundía por horas en esa habitación bajo el rítmico sonido ferroso de un viejo ventilador.

Los elogios a las altas notas escolares del hijo de la conserje remontaban algunos prejuicios y ascendían por las escaleras y el ascensor; pero no regresaban de ninguna forma a ese anexo que no llega siquiera a apartamento tipo estudio. “Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia

infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada”. Y la de ellos era ser desalojados de los libros.

Algunas tardes de lectura les acompañó la angustia de que un día apareciera el dueño de la biblioteca y se la llevara. Entonces en esos días, madre e hijo redoblaban la faena y algunas tareas del edificio sufrían dilación por esta pasión amenazada y los reclamos tocaban insistentemente la puerta.

Al otro día, un niño soñoliento iba a la escuela y una mujer de cincuenta años, derruida por la falta de sueño limpiaba, trapeaba y sacaba la basura con un resto de energía compensado – era su fe – por la alegría interior de compartir con su hijo un fascinante secreto que los sustraía momentáneamente de la vida de privaciones al traspasar la puerta de la *biblioteca* donde estaban las dos pequeñas camas.

Trascurrió su niñez y su adolescencia entre esos libros, sus estudios y la colaboración prestada a su madre en los trabajos propios del edificio y las contingencias que, como en lo estrecho del embudo, se apretujaban para entrar en la conserjería.

– Quizás no haya tanta distancia entre el monstruo de Frankenstein y cualquiera de nosotros – le llegó la voz de su madre desde la otra cama –. Todos estamos hechos de retazos, de piezas que no siempre encajan armónicamente.

No respondió nada pero la frase le quedó revoloteando por días, acompañándolo a la escuela y después de cerrar el libro por la noche, en ese intermedio entre la percepción de los olores de las páginas y la tinta, envejecidas, la humedad de las paredes, la disipación lenta de los ruidos de la noche y el maullido de los gatos, el ladrido de los perros, y el mundo ancho y ajeno de los

sueños. Siempre sonreía – y quizás dormía con esa sonrisa – por la certeza del bilingüismo de su madre: un lenguaje de faena para quienes le pagaban su sueldo y solo esperaban su eficiencia muda, o casi; y las explosiones de ingenio que reservaba para él en el límite preciso de esas cuatro paredes.

Una noche de un febrero distante ambos alcanzaron la cifra de quinientos libros leídos.

Quinientos libros en seis años desde que se lanzaron a esa tarea titánica y tiránica de leer hasta altas horas de la noche. 83,333 al año, uno cada 4,83 días era el promedio. Cierto que, en no pocos casos, algunos libros sobre jardinería, fontanería, trabajos en madera, el tarot y otros tantos de oficios, viajes, medicina, y otros temas como acupuntura, sociología se leían como si los persiguiesen.

No sabíamos qué podría parecernos interesante. Igual nos hubiese pasado si nos ofreciera un genio solo un deseo, cuál pedir. Era un tsunami de libros, miles de páginas, millones de letras. Decidió mi madre dejarlo al azar y comenzar ella por la parte superior de los estantes, de izquierda a derecha desde la puerta – que ya no podía abrirse completamente –; yo con el mismo estante, pero en la parte inferior. Una lógica natural, darwiniana: ella decrecería, le costaría cada día más erguirse y yo crecería. No creíamos posible chocar por la cantidad de libros y llegar al mismo libro el mismo día, pero el destino tiene sus claves.

Así, nos conseguimos leyendo de prisa unos y arremansándonos en otros. 33 libros encontramos – hasta que leímos los quinientos – incompletos. Capítulos o secciones completas, arrancados, hojas apelmazadas, imposibles, páginas cortadas por mitad con tijeras – inferimos –, manchadas de rotunda tinta

azul u otras sustancias. Pocos segundos dedicábamos a tratar de desentrañar la información faltante: no había tiempo. Luego de leerlos todos, pensábamos, podíamos dedicarnos a ellos, no antes. En un archivo desusado de nuestra memoria se acumularon por esa fatalidad autoimpuesta, procedimientos incompletos, aventuras suspendidas, crímenes sin culpables, versos no solo libres sino sueltos y otras incógnitas. Piezas extraviadas de un rompecabezas que nos quedaban sin preocupación alguna.

Avanzar era la consigna.

La vida también tiene sus muchos cabos sueltos, había dicho mi madre, y esa sentencia nos bastó.

Ni siquiera los cambiábamos de sitio, ni señalábamos. No había discriminación alguna.

Nunca comentábamos nuestras lecturas, también eso quedaba para después. No saber si algún día aparecería el dueño era suficiente para mantenernos en carrera.

Un dos de febrero murió su madre.

La encontró en la estrecha salita comedor cocina de la conserjería con **El Proceso** de Kafka abierto en el regazo, la cabeza inclinada, los lentes corridos en la nariz. Era la primera vez que un libro era sacado de la habitación. Lo guardó antes de informar a los vecinos y colocó en sus manos una vieja revista que haraganeaba por la estancia.

Poco que agregar en el informe del médico: infarto fulminante por agotamiento extremo.

Sacudió la cabeza.

—¿Le pasa algo, señor? — inquirió una señora.

–Nada, gracias, recordaba.

–Frente a ese mamotreto no se puede recordar nada bueno.

Decidió entrar en el Museo, darle la espalda al edificio para seguir enfrentando sus recuerdos.

Manuel Alfredo Sánchez no cantaba, por el contrario, su voz era opaca, con tropezos en algunas consonantes y las vocales cerradas. Pintaba.

Ponía su caballete en la azotea, debajo de unas telas que simulaban un toldo y, como los impresionistas, colgaba un objeto pesado en el centro del artefacto para que la brisa no lo lanzara al piso, una antigua llave de acueducto oxidada que había encontrado en la basura.

Miraba la ciudad con una atención inusitada. Diría que conocía todos los edificios que se podían ver desde su azotea, las avenidas, las montañas remotas y quietas al fondo – a Dios gracias, porque algunas veces se le movieron –, el tráfico incesante de vehículos y personas, el mar siempre allí, a tiro de mirada. Pintaba bodegones y marinas.

Él había subido días después del pintor haberse mudado. El ascensor estaba en mantenimiento, aún no estaba reinstalado el servicio telefónico en el ático y su mamá le pidió que subiera un sobre.

Alcanzó los últimos tramos de la escalera pensando en cómo abordar a un desconocido que parecía bajar de madrugada porque – según comentaban – nadie lo había visto de día. No tuvo excusa: 10 pisos sin ascensor y doce escalones eran demasiado para su madre. Después de empujar la reja, con chirrido incorporado, salió a la azotea y ahí estaba el pintor con una bata blanca hasta la rodilla y unos pantalones negros roídos, pintados, manchados y un olor a hierba extraño, oscuro como las ojeras del artista, penetrante.

La brisa arrastraba hojas secas desprendidas de las macetas, el pelo del artista, enmarañado y filoso le caía a ratos sobre la cara, la bata se le abría y una piel tensada sobre un costillar como de barco se asomaba.

Manuel Alfredo Sánchez dirigiéndole la mirada. Nada más la tela en su bastidor firmemente fijada y el caballón estaban quietos.

– Esto es para usted.

Al artista le parecía que la sorpresa no debía tener jurisdicción en el breve espacio de su vivienda. Tomó el sobre, dio las gracias y lo colocó en un bolsillo de su bata.

–¿Quieres ver lo que estoy pintando?

No respondió nada.

Se acercó tímidamente a la tela y miró alternativa la ciudad y la tela un par de veces.

En un fondo negro destacaban una mazorca de maíz colgada de un hilo deshilachado, como a punto de partirse, de extraordinario realismo, muy seca, abierta para mostrar unos granos comidos por gorgojos, ennegrecidos; a su lado, un poco más cerca de la mesa o el tope de un anaquel de madera oscura, colgaba una lechuga parcialmente podrida con gusanos rollizos, muchos de ellos en la madera y dos en descenso, como capturados por una fotografía. En el extremo derecho un pimentón marchito y agujereado y una naranja seca.

Observó la obra, creyó ver los gusanos arrastrándose hasta el borde de la mesa, creyó percibir el olor podrido de los vegetales igual a la estela de hedor que dejaba el camión recolector de basura.

Me sentí mareado.

Algunos de los libros leídos eran de historia del arte, con láminas a color

que llenaban la página entera, pero no recordaba un bodegón de la podredumbre. Desfilaron ante mí copas de vino, botellas, cestas con frutas y vegetales, cubiertos, platos, ¡hasta calaveras terroríficas!, pero nunca gusanos, nunca una naturaleza muerta en proceso.

– Esta es la verdadera naturaleza muerta. Nada de perfección, la perfección es divina y por lo tanto eterna, privilegio de dioses. La muerte es el gran cambio, el cambio es la muerte a plazos. Acércate.

Me acerqué. Me asustaron sus sentencias, pero también me ataron al momento y al espacio. No podía huir. ¿Acaso lo quería? Esa extraña fascinación de sus palabras y la pintura. Ya estaba a dos palmos de la tela y los gusanos más nítidos, menos quietos.

–¿Ves los grumos, las pinceladas gruesas, la huella de lo anterior? La he pintado diez veces con esta. Mazorca sana, lechuga fresca, pimentón lozano, naranja fragante, perfecta como un planeta deshabitado. Luego vinieron los días.

Todo lo había dicho con una pasión histriónica que alcanzó su cima cuando nombró los vegetales sanos para luego descender drásticamente y apagarse.

–Pero el único que lo sabe es usted.

–Ahora lo sabes tú también, y más nadie. Sabes cómo terminará todo. ¿Quieres ver otras telas que estoy trabajando? – dijo señalando hacia la oscuridad de la habitación.

–Otro día, ahora debo regresar.

Retrocedió como temiendo algo inexplicable si dejaba de observarlo. El pintor extraía el sobre de su bata y lo abría.

Ya en las escaleras, bajó aplastando los escalones, lento, pensando en cuantos gusanos más se reproducirían en lo que quedaba del día, cuánto más se ennegrecería la lechuga, cuánto más marchito el pimentón y las arrugas de la naranja.

Compartía un secreto, pero eso no era lo que más lo inquietaba, sí – según el artista – saber cómo terminaría todo, y todo era la palabra más extensa que para ese tiempo conocía.

Deambuló por el Museo, se acercó a un cubo de cristal que no conocía: Librería del Sur. El espacio era ínfimo. Una señora delgada, de mirada interrogante y agradecida lo miró.

– Buenos días. ¿En qué lo puedo ayudar? Soy Carmen Josefina Noria del Nardo.

–Buenos días. En ese edificio...

–¿El más feo de Venezuela?

–Seguro. Ahí vivió hace algunos años un artista; un pintor de marinas y naturalezas muertas. ¿Sabe si aún está vivo?

–¿Cómo se llama el pintor que podría estar vivo todavía?

–Manuel Alfredo Sánchez.

–Sí, aún está vivo, muy viejo sí y casi ya no se le ve.

–¿Sigue viviendo allí?

–No. Vive en La Asunción. ¿Y a usted por qué le interesa?

–Lo conocí.

–Hay en la sala más grande de planta baja una exposición colectiva, hay una pintura de él. Le puedo conseguir la dirección, el teléfono, hacerle llegar un mensaje, transmitirle su interés.

–Gracias. Muy amable. Luego pasaré a escudriñar la librería.

–Cuando quiera.

Siguió un dedo delgado y decidido que se alargó desde el frágil cuerpo de la señora y se encontró en la sala de exposición.

Allá al fondo estaba la pintura, en el lugar menos iluminado, lo cual le agregaba un tono más lúgubre al tema: era una mujer desnuda acostada en un mueble de mimbre que estaba sobre un tapete rojo, sobre este, frutas maduras y magulladas, cabezas de pescados y espinazos, conchas marinas abiertas, algas descoloridas, cambures podridos.

La mujer, en una postura parecida a la Maja de Goya, nos miraba retadora.

Era una anciana. Los senos como dos lenguas rasgadas por surcos no mostraban pezones porque estos desaparecían en los pliegues de la sábana que cubría el mueble. Aquí y allá prominencias de huesos, piel doblada sobre sí misma como un pergamino, manchas marrones, negras, blancuzcas. El pubis de pelo ralo y blanquecino, un borrón; las costillas parecían cuerdas tensas de una carpa de piel. El maquillaje excesivo impresionaba más: labios – apenas dos rayas curvadas – de un rojo cereza, párpados azules sobre un globo ocular de iris de gris cansado. El pelo canoso de paja seca con prendedores de flores. Las arrugas del cuello se prolongaban en un abalorio rematado por una piedra azul. La nariz ganchuda, las mejillas coloreadas, las orejas alargadas más por los pesados zarcillos.

No le era nada fácil describir lo que sentía. Después de la estética de lo feo cualquier cosa era posible, ¿deseable? Pero mirar una muñeca aterradora, por ser una muñeca por la cual también había pasado el tiempo,

removía algo que quizás no sabía que tenía tan dentro.

Fuera del color rojo de la alfombra, de los labios y las mejillas, prevalecían los ocres, los marrones, los amarillos sucios, los blancos manchados.

Manuel Alfredo Sánchez, a la derecha, abajo, como siempre, el nombre de color rojo como hachazos sobre la tela.

No pudo evitar recordar una noche que entró a la habitación biblioteca – o viceversa – y se encontró con su mamá completamente desnuda. Ella se miraba en el espejo, pero la impresión que daba era que había creado a alguien en el espejo para que la mirara porque le dirigía una mirada coqueta, sugerente. Fueron segundos, pocos segundos, antes de que ella volteara, se colocara la bata y se dirigiera a buscar un libro.

Pero el tiempo – como sabemos de sobra – comprime en segundos tantos eventos que alcanzó a deletrear el cuerpo íntegro, pero desgastado de su madre, una naturaleza viva, sin duda, pero ayuna de caricias que recurría a ese efímero esbozo de coquetería – como el último madero del naufragio – para restituir una mirada que se iba decolorando con el desuso: la mirada de otro que no era él.

Esa visión lo acompaña. Con el tiempo cree haber pensado y comprendido más de lo que esa fugacidad sembró.

Volvió al cuadro y supo que su visita había terminado; ya no podría seguir observando, la imagen del recuerdo y la pintura comenzaron a danzar y mezclarse como si la pintura le hubiese dado una visión del futuro si su madre lo hubiese alcanzado.

El autobús – entre crujidos y chasquidos – fue dejando Porlamar con sus ruidos excesivos, el calor de las aglomeraciones de edificios y gente, y lo pesado

del tráfico.

Cometió el error de volver al lugar donde había sido feliz; ahora sus recuerdos, como la ciudad empezaban a descascararse y llenarse de una pátina pestilente como las estatuas, negruzca como las esquinas de las fritangas. Solo el Museo se mantenía firme en medio de tanta incuria citadina; pero amenazado como está cualquier cosa en una ciudad que se devora a sí misma, oculta el mar con esperpentos – aunque ostente el remoquete de Ciudad Marina – navegue, eso sí, en basura, y quiera constantemente ser otra olvidando la que fue y sin querer saber exactamente qué quiere ser.

En El cardón, pueblito a orillas del mar, en la casa que había comprado su primo Juan Carlos para él, apenas separada de la orilla del mar por una calle estrecha y una acera ancha que llamaban bulevar, se estaba tranquilo.

Días atrás, después de organizar sus libros en una de las dos habitaciones y distribuir mesas, mesitas, pinturas y otros adornos, además de los enseres y artefactos propios de una vivienda, lo había mirado todo y le había gustado.

Solamente una reja de hierro cuadrículada se interponía entre él y la visión del mar desde su cuarto.

El sol golpeaba temprano su ventana y lo despertaba con ese escándalo de luz tan innecesario como efectivo, porque ya iba perdiendo la rutina de levantarse a las cinco de la mañana.

Y como algo le faltaba a su soledad para ser más completa, se compró un perro y un gato.

Ya vendrían los días y las ideas cuando se quedara sin dinero.

Había salido a caminar por la orilla de la playa con el cachorro. El gato, poco interesado en ese gasto innecesario de energía, dormía en el sofá grande de la sala.

Pensaba que después de ese paseo por Porlamar, de esa observación minuciosa – tanto de sus recuerdos como del exterior – del Guinamarena no debería remover más recuerdos – como buscar a Manuel Alfredo Sánchez –, más bien, creía necesario empotrar sobre ellos una inmensa loza de concreto para plantar la nueva vida. Y las dos cosas juntas, Vida y Nueva, comenzaron a sonarle de inmediato gastadas. El nuevo comienzo que está en los cromosomas de los gringos.

Regresaron a casa.

El gato seguía acostado, pero tuvo la mínima cortesía de estirarse, mirarlos y escoger otra postura para seguir durmiendo.

Iba a ducharse cuando sonó el celular.

–¡Coño, no joda, no vas contestar nunca esa vaina?

– Dígame, Jefe, buenos días – era Felipe Hernández, por lo visto el terremoto aún no había arrasado con la Comandancia –, cómo me lo trata mi ausencia.

–Escúchame con atención: como te dije, vinieron a investigar los robos y a preguntar por ti y esas güevonadas, pero tú sabes que esa es una pantomima para que crean, pero ellos también esperaban que yo te defendiera como si creyera que era en serio, ¿me sigues?

–Le recuerdo, Jefe, que me vine a Margarita, no me fui del país.

–Y te defendí arrechamente, arrechamente contra todos y con todo.

–Se le agradece, pero era su deber, ¿o no?

–¡Qué deber del coño!, ¿no y que sigues en el mismo país? ¡No se trata de mi deber, si quieren joder a alguien lo joden aunque sea pastor del pesebre!

–Comprendo, comprendo, muy agradecido, le pediré a la Virgen del Valle que le gestione arriba, o mejor abajo, el terremoto de su deseo.

–Necesito que me hagas un favor.

–Suéltalo.

–Murió el Obispo Bernardo Piñera.

–Coño, Jefe, me va a poner a dar pésames y llevar coronas de flores.

–¡Nada de eso, no joda, escucha!, te va a llamar en cinco minutos el Inspector Ángel Castro, amigo mío, para buscarte y ver el cadáver. Aunque era un anciano, su hermana cuando la interrogaron dijo algunas cosas...

– Coño, Jefe, yo ya no quiero...

– Muchas gracias, seguimos en contacto.

Terminó de arreglarse en la patrulla. Efectivamente, al terminar la llamada de Felipe Hernández recibía la otra que inquiría su dirección.

Ángel, por el camino hacia la vivienda privada del Prelado, a ratos lo elogiaba repitiendo lo que le había dicho Felipe, y a ratos lo criticaba por abandonar el trabajo en Caracas y venirse a enterrar en esta isla. No conocía el silencio en vigilia.

Él respondía con monosílabos mientras por su cabeza comenzaron a desfilar – ¿desfilar? – la larga lista de cadáveres que había contemplado en sus diez años como detective de homicidios. El cuerpo, la postura, la ropa, los olores, los gestos congelados del rostro, el escenario, el arma o las armas utilizadas – las propiamente llamadas así y las de ocasión: floreros, esculturas, inocentes

sillas –, la hora, los sonidos, la edad de los asesinados o de los suicidas, la presencia o ausencia de testigos, todas esas cosas hablando por quien ya no podía hacerlo. Piezas – y no siempre piezas de un rompecabezas –, trazos, bocetos de un dibujo que había que completar no siempre evitando mentirse o mentir.

Nada le había dicho Ángel sobre el muerto y sus circunstancias, pretendía que viendo el lugar y el cadáver, el recién llegado de Caracas aclarara todo. Nada dijo de las declaraciones de la hermana y asistente del fallecido.

Un policía uniformado custodiaba la puerta de la habitación. Se hizo a un lado, abrió la puerta y cerró inmediatamente.

El cuerpo estaba tendido boca arriba, la cabeza de lado, un brazo colgaba por un borde de la cama. La sábana lo cubría hasta más arriba del ombligo, pero los pies estaban al descubierto y se veía el pijama azul celeste.

–Todos los muertos son iguales – dijo Ángel mirando el rostro del occiso.

–¿Cómo es eso?

–No sé... la ausencia de vida.

–¡No me jodas, Ángel! – le dijo sin mirarlo, concentrado en el rostro del Prelado –. ¿Por qué mejor no me cuentas lo que se ha dicho?

–Bien, como puedes ver no hay ni ventanas ni puertas forzadas. Si alguien lo mató o él le abrió o tenía llave, una de dos.

–O las dos. Pero ¿por qué hay que pensar que fue asesinado?

–La hermana declaró que cuando se marchó en la mañana a visitar a unos familiares en la Península de Macanao lo había dejado perfectamente bien.

–Ángel, ¿por qué no nos sinceramos y me dices de una vez, qué coño hago aquí? – le soltó agrio –, ¿qué dijo el forense?

–Infarto fulminante. Habló de colores en la cara, en las manos y otras vainas técnicas ahí. Están esperando que salgamos para llevarse el cadáver y abrirlo, pero adelantó eso.

–No me has respondido.

–El Jefe recibió llamadas de arriba, muy cerca del Cielo, parece. Una gente de la iglesia quiere que se investigue; otra gente que no. Unos quieren que se haga la autopsia y otros no. Tú sabes cómo es la vaina, ahí también hay su guerrita y no tan santa.

–Ajá... ¿y qué pito toco yo en esta vaina?

–Vienes de Caracas; aquí en Margarita un experto es toda persona que viene de fuera. No conoces ni a los malandros ricos ni a los pelabolas, en fin, no estás tan contaminado.

–¿Tú qué crees?

–¿Tú no hiciste teatro en el liceo? Bueno, te soy sincero. Quieren que se investigue, pero que lo haga alguien a quien puedan decirle, si conviene, si llegan a un acuerdo los dos grupos de poder de la iglesia, que deje la vaina hasta allí si fue homicidio y que se quede calladito.

–¿Y por qué yo?

–Te repito, eres ideal, estás retirado, vienes a vivir aquí lejos del infierno de Caracas; funcionas perfectamente en un caso o en el otro. No te veo en papel de héroe – tomó aire –. Si la hermana de crianza no dice un coño y no menciona a un sacerdote, un tal Barrientos, muy amiguito de Piñera, otra historia sería, pero con la vaina de los sacerdotes abusando de seminaristas y todo ese escándalo, y el Papa botando curas o aceptándole la renuncia; un sector de la iglesia quiere como parecer legal, justo y pide entonces, por mandato papal, que

se investigue. Eso es todo.

–Y les llegó el payaso.

–Pues ni tanto, más bien una marioneta. Lo tuyo es investigar, entregar un informe y hacerte el güevón en cualquier caso. Que la curia decida su peo. Porque lo que parece más cierto es que le dio el infarto y zas para el Cielo viaipí. Para poder joder a un cura hay que encontrarlo matando y tener testigos por coñazos o videos y, a lo mejor viene un abogado y descubre que el carajo está loco de bola y pobrecito y a lo mejor lo mandan para Roma a regenerarse.

–¿Y los que han caído?

–Alguien cae, el más güevón, el que no tiene padrinos o, coño, así estará de podrido que se cae solito, o lo sacrifican.

–Es decir, ¿esto lo decide más la iglesia que la ley?

–En la gran mayoría de los casos así es; pactos, acuerdos, triquiñuelas, en fin, que tú no vienes de Suiza.

–¿Y si me niego?

–Por lo que escuché, cuando habló tu ex-Jefe con el de acá, me parece que no te conviene. Igual si eres un santo se te inventa una vaina y listo. No te enrolles, papa, investiga, entrega tu informe y te vas pal coño. Y vámonos que ya tocaron la puerta.

–Un momento.

Se acercó a centímetros del rostro. Una cierta placidez en la fofa cara. Nada indicaba que lo hubiesen asfixiado, la almohada sin huellas, los dobleces propios de un sueño inquieto, pero sin exageraciones, las sandalias en su puesto, ausencia de heridas o marcas defensivas. Ningún olor que no fuese el de óleo fresco, de colonias para disimular los ropajes espesos, el olor a viejo de

tantas cosas, incluyendo el muerto. Se dirigió al caballete donde reposaba el lienzo cubierto. Con el pañuelo lo destapó y miró la pintura con atención: El Obispo desnudo en su cama como una odalisca, tapándose con una mano el miembro y los testículos, contra la otra apoyaba su cabeza. Los trazos eran vigorosos y faltaba mucha corrección de color, de sombras, de texturas, el fondo, más bocetado aún, dejaba ver unas manchas de paisaje a través de la ventana.

La puerta sonó con insistencia.

–¿Y bien? – ya en la calle le preguntó Ángel –. ¿Qué me dices?

–Infarto fulminante mientras la autopsia demuestre lo contrario, pero quiero hablar con el pintor, con la hermana y con el cura del que sospecha la hermana. Si vamos a hacer teatro que sea con actores, actrices, escenografía, utilería y todo lo demás.

–Bien. Así será. ¿Por dónde empezamos?

– Por la hermana o el pintor.

–De crianza, no lo olvides.

–No lo olvido.

Clemencia – a sus sesenta y ocho años – parecía estar construida con un material inmune al sol radiante, al salitre y los estragos de una vida con años de soledad y de claustro. Los huesos bien atados, los movimientos aún sin fisuras, lentos pero por lo pensado, y los gestos – allí se notaba más el estancamiento del tiempo – enérgicos por debajo de las arrugas y las manchas.

Había pasado de doméstica en la mansión de un rico empresario, antes de los veinticinco, a ejercer los más diversos y rudos empleos: ayudante de latonero, de carpintero y de mecánico, hasta que recontactó a su hermano de crianza y éste la llevó a trabajar con él, unos treinta años atrás. Las manos

envejecidas contaban con los nudillos esa historia, con la dureza en los repetidos sitios de contacto de los metales, con lo abultado que nace de ciertas presiones continuas.

Era inteligente y se adivinaba persuasiva, con esa sombra de fingida duda que asoman los asertivos.

Después de rendir declaración en el Destacamento, le habían pedido no regresar hasta que no se hicieran las averiguaciones pertinentes y que ella misma había pedido cuando señaló a Juan Barrientos como sospechoso. Dio la dirección de Evelia Fuentes – una vieja amiga – con una precisión innecesaria, teléfono domiciliario, señas particulares, oficio de ella y de su hijo (un mecánico reputado en toda la isla), número de celular; y ahí estaba como esperándolo cuando tocó la puerta, porque sonrió aprobatoriamente cuando él se presentó y le pidió hacerle unas preguntas.

Ángel en el vehículo peleaba a brazo partido con un crucigrama.

Lo condujo a través de un zaguán hasta un patio interno protegido por una lona de invernadero en el que gozaban de buena vida orquídeas de varios colores, helechos, bromelias; en el centro una mesa de madera con cuatro sillas, sombreada aún más por una sombrilla de playa.

Al fondo, se escuchaban ruidos de motores y varios vehículos estaban con el capó levantado. Un portón negro permitía la entrada de los vehículos por la calle de atrás. El límite entre el taller y la casa no sólo era una puerta de hierro, sino una trinitaria con su toque de color fucsia. Después de ella hacia el portón, manchas negras, hierros, los colores negros y marrones que identifican un taller.

–¿Le sirve aquí? ¿Toma café?

Asintió dos veces mientras ella le señalaba una silla y caminaba hacia el interior de la casa.

Regresó en unos minutos y se sentó al frente.

–¿Comienzo yo o necesita preguntar “dónde estaba cuando Bernardo Piñera fue encontrado muerto”? Porque le debo recordar que fui yo quien lo encontré.

–¿Por qué regresó tan pronto de su visita a Macanao?

–Porque ya estaba enterrada hace dos días y no me avisaron. Me molesté mucho.

–¿Quién era la muerta? – Preguntó como si tuviese alguna importancia.

–Una prima. Estaba de regreso a la una. Subí a preguntarle por el almuerzo y lo encontré como lo verían ustedes. Pero cuando salía, a eso de las ocho, entraba Juan Barrientos. Él tuvo que ser el último que lo vio con vida.

–¿Por qué sospecha de él?

–No tengo sospechas, estoy segura que tuvo que ver. ¿Y usted no leyó mi declaración?

–No. honestamente no; me la contaron.

–Pues, léala, y si consigue alguna contradicción sabe dónde encontrarme. Juan Barrientos es la única persona que, Dios me perdone, yo odio; sí, odio, pero es un odio justificado que no me ciega, muy por el contrario, me ilumina. Investigue quién es el personaje.

–La información que se tiene y lo que pude ver apunta a un infarto fulminante. Su hermano – remarcó hermano, la miró y creyó ver un trastabilleo en la mirada – era hipertenso.

–Como yo y millones, detective, pero no todos mueren sin ayuda. Se lo

dije muchas veces: “ese hombre te va a perder”. Pero él lo asumió como misión redentora, como pupilo, como... una tarea obligada. Ya debe saber que no era mi hermano hermano, sino que me crie en su casa.

– Sí, lo sé. La autopsia aclarará más cosas.

–¡Ay, detective, qué ingenuo! Ningún aparato entra donde está el amor o el odio. Debe ser muy poco lo que se ve cuando se abre una cabeza o un corazón.

–Bueno, señora Clemencia, gracias por su colaboración.

–No sólo con odio se mata, también con amor, más fácil si es fingido.

–No entiendo.

–Mi hermano adoraba a ese delincuente, a ese hijo de Satanás, pero yo estoy segura que Barrientos lo odiaba tanto como lo necesitaba.

Hasta el carro fueron reverberando las últimas palabras de Clemencia.

–¡Qué velocidad! La autopsia está lista, vamos a hablar con el forense – gritó Ángel.

El forense se explayó en explicaciones y comentarios técnicos. Quería dejar sentado que la rapidez no perjudicaba lo certero de sus conclusiones.

Según la temperatura del cuerpo, había muerto muy cerca de las once de la mañana. Había aplicado el método Glaister, y de inmediato se dispuso a ilustrarnos. Consistía en una medición de la temperatura corporal en el recto. Ángel abrió los ojos y el patólogo decidió ahondar. La piel expuesta al ambiente pierde la temperatura más rápido y es susceptible a todo lo que la rodea, la brisa, el aire acondicionado, el agua. Se toma la temperatura allí, se aplica una fórmula y es más precisa.

Se detuvo y nos miró atentamente antes de hacernos entrar en la morgue

con un gesto discreto. No quería entrar y comencé a manifestarlo con un ademán que Ángel desbarató enseguida empujándome por la espalda.

Comencé a pensar en lo que Ángel había dicho: “Todos los muertos son iguales”. Y, ciertamente, ahí, sobre la mesa metálica el Obispo sin tiara, sin joyas ni crucifijos, sin la dignidad del ropaje de oficio, sin los gestos que acompañan la autoridad, era un muerto más. Ya casi no parecía humano y por eso pensaba que el patólogo forense cuando usa la sierra para cortar el esternón, el cráneo, los ganchos para mantener el pecho abierto y saca las vísceras, el cerebro, y sigue abriendo aquí y allí descubriendo unas intimidades tan compartidas con los que están vivos y con otros animales, debe pensar en que la compasión queda para los familiares y la información para la policía. Él no puede darse el lujo de la empatía; si aparece, frenarla, tampoco debe pensar que algún día otro pueda estar encima de él jorungando su estómago para saber cuál fue su último goce gastronómico. Tiene mujer, hijos, amigos a quien darles la misma mano que, aunque enguantada, removi6 lo rec6ndito. Esa mano que se depositar6 esta misma noche sobre el muslo desnudo de su esposa, de su amante, esa mano que mesar6 el pelo de sus hijos, que tocar6 senos, nalgas, oquedades m6s superficiales. Esa mano que quiz6s en alg6n momento cre6 un poema, unos versos rimados, o ensay6 con acuarela un barquito en un mar tempestuoso de su infancia o m6s ac6. Esa mano que ahora desarmaba, quiz6s arm6 rompecabezas con sus hijos y ahora abre cabezas sin ellos. Esa mano que pudo, por ociosidad, aburrimiento, o por todo lo contrario: pasi6n y entrega, pulsar la cuerda de un cuatro, tocar la tecla de un piano, aporrear unas congas hasta doler, entraba pero no se compenetraba. No deb6. Ten6a que entender esa proximidad de lejan6a. Correr una cortina pesada entre su trabajo con los muertos

y su vida con los vivos.

En casa nadie le preguntaba, como a todos los esposos o padres en el mundo: “cómo te fue hoy, papi”. Menos ante un plato de mondongo, un bistec o cualquier cosa que involucrara carne, vegetales, cremas o sopas, ante nada realmente, porque hasta los espaguetis.

–Nada de petequias – dijo extendiendo las manos con las palmas hacia abajo desde su pecho y no supe que parecía más rotundo si las palabras o el gesto – propias de muerte por asfixia. No hay esas manchas rojas que indican ruptura de vasos sanguíneos, como pueden ver – y descubrió hasta el ombligo el cadáver –, tampoco manchas azuladas en labios, orejas o nariz, es decir, cianosis.

–¿Hay la posibilidad de que una emoción fuerte le haya producido el infarto? – preguntó Ángel, que ya consideraba que tenía mucho tiempo callado.

–Sí, pero nada de lo que tengo ante mis ojos puede responder esa pregunta – dejó notar que la interrupción de la clase le molestaba –; si no hay videos o testigos, nada más queda una sesión espiritista, una vaina de esas.

–Disculpe.

–Tampoco hay equimosis subconjuntival – dijo separándole los párpados –, ven, nada de sangre. Aunque hasta por toser se pueden producir estas hemorragias, en la muerte por asfixia es segura. Acérquense un poco – dijo mientras movía una lupa gigantesca –, nada de punticos rojos, ni rayas rojas. Nada.

–¿Usted concluye que murió por un infarto fulminante? – me apresuré a decir porque ya sentía que estar allí un minuto más iba a boicotear mi comida por unos días. Había perdido entrenamiento o la posibilidad tras la renuncia de

no volver a ver un cadáver me lo hacía insufrible –, ¿sin dudas?

–No he terminado – y yo sentía que la costura en Y del pecho del muerto la vería en cualquier cosa que tuviese rayas o no las tuviese, por mucho tiempo –. El estómago no indica que haya consumido algo más allá de frutas, semillas y sus medicamentos. Todo indica que la autopsia comprueba la observación preliminar. Los demás órganos hablan del deterioro por la avanzada edad, desgaste normal. El corazón es el único responsable de esta muerte. Todo lo referente al estado del corazón está en la última página, si quieren o necesitan consultar a alguien más – les alcanzó unas páginas que sacó de una gaveta.

–Muchas gracias, doctor.

–Un momento, hay algo que no les he dicho y que me pidieron no poner en el informe, pero también me pidieron que se los dijera solamente a ustedes. Estoy acostumbrado a no hacer preguntas, trabajo con quienes no pueden responder nada, aunque hablen a gritos por sus órganos – dejó pasar unos segundos –. Hubo penetración anal, por lo menos dos horas antes del deceso. Los que levantaron las huellas les precisarán detalles. Hasta aquí llego yo.

–¿Entonces no descarta del todo la emoción fuerte como causa del infarto?

–No sé si fue una emoción fuerte en este caso. Según mi observación del órgano involucrado mostraba características de práctica habitual. No hay lesiones ni nuevas ni viejas, nada de desgarros, ni enrojecimientos más allá de lo propio.

–Eso no niega un sobresalto, una excitación – apuntó Ángel.

–Tampoco lo afirma. Estimado, yo utilizo el espéculo, pero no especulo... y no voy a hacer chistes malos por la rima. Las conjeturas no son lo mío. Ahí

tienen todo.

Cubrió completamente el cadáver e hizo un ademán de acompañarlos a la salida, pero se devolvió cuando los vio encaminados. Iría a lavarse las manos, a descansar, probablemente a casa, a almorzar, a seguir con su vida entre los que le rodeaban.

Qué solos se quedan los muertos.

Vendrían luego los ayudantes e introducirían el cadáver en una gaveta refrigerada, asearían todo hasta dejar reluciente el acero inoxidable de las mesas, la brillantez de los utensilios. Tanto detergente y asepsia alejarían los olores de la muerte. Todo iluminado, luces sin sombras, todo a reventar de luces como en los estadios de béisbol. Todo frío, más frío que cuando no hay cuerpos porque el que estaba en la gaveta comenzaba a aportar su frío al ambiente y su dureza como la de los metales, mientras dentro de él, y sin sospecharlo, la vida cobraba nuevas fuerzas, nuevos bríos silenciosos y se reproducía y empezaría a vivir y a morir sin abandonar ese barco naufragado.

En la noche, contarían a alguien, sin que se lo pidieran, que habían conocido al Prelado en su peor día. Pero no estarían seguros si esta era una verdad lapidaria; menos si creían algo en el Cielo de Los Justos, en la Resurrección de la Carne y la Vida Perdurable, Amén. Y en todas las ventajas que tenía el occiso para llegar sin pasar por go, derecho.

—¿Qué opinas?

—Que se me borró el apetito.

—Ni que fuera la primera vez.

—No, claro que no, sino porque pensaba que la anterior era la última. Todo parece estar claro, todo parece indicar que quien estuvo con él fue Juan

Barrientos, según lo dicho por Clemencia. También está claro que apartando suposiciones se murió de lo dicho varias veces y que no hay nada que buscar.

–¿Y no quieres entrevistar al pintor y al cura Barrientos?

–Claro, claro que sí, yo sigo con la puesta en escena, yo necesito llenar un informe, entregarlo y listo, como me dijiste y punto.

–¿Adónde vamos ahora?

–Llévame a mi casa, mañana me buscas a las ocho. Si ves al Jefe le adelantas todo lo que sabes y lo que imaginas, lo que te dé la gana.

–Muy bien.

Logró con esto último el silencio necesario de Ángel en el regreso. Entró a la casa, dio de comer a sus mascotas y se puso el traje de baño y un *short*.

Necesitaba ver un color azul, colores azules radiantes, espumas brillantes, agua fresca sin estar fría, arena dibujada por sus huellas, necesitaba acostarse sobre una superficie que su cuerpo moldeara, mullida, con millones de colores, con texturas diversas, con brillos de conchas.

Necesitaba nadar, desentumecer el cuerpo para tratar de acallar unas imágenes.

Y encontró el sitio ideal en la playa sola. Estiró la toalla, la pisó con unos cocos secos, se despojó de la camisa y se hundió en los azules. Era tan agradable el rostizado que el sol fraguaba arriba, tan distante y tan cercano, tan allá y tan aquí.

Nadó hasta unos peñascos, los rodeó y emprendió la vuelta con más vigor hacia la orilla.

Se tendió resoplando en la toalla que había colocado bajo la sombra de un cocotero. Volteó la cabeza para acomodar el coco que se había rodado y lo

vio a dos metros de él.

Ahí estaba la osamenta de un bagre de unos treinta centímetros, sin nada en las cuencas, haciéndose espinas sin perder la armazón.

No hizo nada por apartarse a pesar de que la brisa, a ratos, lo ofendía con el olor.

Era un pescado muerto, sencillamente un pescado muerto de muerte natural como ocurre muchas veces.

Lo peor ya había pasado y se durmió.

–¿Y cómo durmió el hombre? – le preguntó Ángel, y él agradeció ese rasgo de impersonalidad que le facilitaba una respuesta corta –. ¿Te olvidaste de las costuras?

–El hombre durmió bien, ¿y usted?

–Tengo años durmiendo bien. ¿A dónde vamos primero?, ¿dónde el cura?

–No, no, vamos a dejar a ese de último.

–¿No es mejor caerle de una, antes de que invente algo o se tranquilice?

–Pues no, porque él debe estar esperando que le caigan por casa, estará extrañando la visita. Sabe que se sabe que él estuvo ahí, que se sabe que fue, quizás, el último que lo vio con vida. Alguien de la parroquia le habrá dicho que interrogaron a Clemencia y hasta que nosotros fuimos a su casa. Hay que dejarlo que se macere un poco más.

–Si usted lo dice – y calló hasta la casa de Manuel Alfredo Sánchez.

La casa del pintor era una vivienda en ruinas. No esperaba sacar de la visita nada que ayudara con el caso. Quería ver al artista y saber si lo reconocía después de tantos años, o si lo recordaba.

Golpeó la vieja puerta de madera y de adentro respondió un ya voy de mujer. Flaca, con una mirada oblicua, los miró a través de una rendija como perforándolos.

–¿Qué quieren?

–Somos de la policía – dijo Ángel –, queremos hablar con el artista.

El tiempo se detuvo y con él la mujer y los dos hombres.

Hasta que dos chasquidos lo hicieron andar de nuevo, el de la boca de la mujer, que en la mejor traducción decía “para que pase algo peor”, y el de las

bisagras parcialmente desprendidas de la hoja de la puerta.

Trasponer la puerta era adentrarse en el desorden creativo. Del techo de caña brava colgaban bastidores entelarañados, marcos que se balanceaban con la brisa que venía del patio. Pegadas a las paredes se podía encontrar de todo: sillas plásticas con patas ortopédicas de madera, muletas recortadas soportando una mesa, la armazón oxidada de una silla de ruedas con una mata de flores azules diminutas, trozos de maderas de bote, multicolores, cabezas de maniqués en una jaula sin pájaros, retazos de bancos, piezas de vehículos articulando asientos y tantas cosas más que había que caminar mirando en todas direcciones para no tropezar. Tapizadas las paredes con pinturas a medio hacer que nunca iban a ser culminadas. Desnudos, bodegones perdiendo brillo. Mucho ocre en algunas; mucho negro en otras.

Mucho polvo en todas y en todo.

–Está en la hamaca. No lo cansen mucho, tiene dos días con fiebre, gripe y le duele hasta la lengua.

–No se preocupe, seremos breves – dije para tranquilizarla –, ¿lo ha visto un médico?

–No quiso, no quiere y no va a querer. Guarapos de cuanto monte hay por allí y ron del bueno. Con eso basta, dice.

–Debe tener razón.

–Manuel Sánchez – llamó Ángel –, queremos hablar con usted.

–Lo que de él queda.

Alargó un brazo como una rama seca y bajó el borde de la hamaca. Los ojos delirantes por costumbre y más por la fiebre.

La mujer acercó dos cuñetes vacíos de pintura y les puso un cartón

encima y se marchó.

Era un náufrago en un bote destrozado. Todo ayudaba a construir esa imagen: el balanceo, el vaivén de las hilachas, los huecos inmensos por donde hacía agua la hamaca, el maderamen en las costillas del pintor, el pelo enmarañado ayuno de peine, cepillo, mínimos cuidados, el olor a cuerpo enfermo, animalado.

Se sentó en la hamaca. Era ahora un náufrago niño viejo si esas tres entidades podían asociarse.

Lo miré, él me devolvió la mirada. Cómo iba a reconocirme, qué quedaba en mí del que fui para él. Nada.

–Sabe que Bernardo Piñera murió, ¿verdad? – preguntó Ángel.

–Todas estas matas tienen guaifay. ¿Quién no lo sabe?

Dirigió la mirada hacia las hojas de uno de los cocoteros donde estaba atada la hamaca.

–¿Cuándo lo vio por última vez? – pregunté yo.

–Hoy es viernes. Tengo tres días agonizando aquí... el martes, el martes estuve en su casa.

–No le extraña ese pedido de pintura.

–Sí, claro, claro... pero yo soy un profesional, pelabola pero profesional. La vaina está arrecha y uno necesita comer, ¿o no? No es lo que uno quiere pintar, pero la vida no siempre es como se quiere, sino como viene. ¿No soy sospechoso de nada, verdad?

–No, de nada, solo preguntamos; tampoco a nosotros nos gusta todo lo que hacemos, pero no queda de otra.

–Hasta bien me vendría que fuese sospechoso. Un escándalo puede

ayudar mucho.

–Seguro, pero no sé cómo ayudarlo – le dije mirándolo –. Yo lo conozco, o mejor dicho, lo conocí; yo soy el hijo de la conserje del Guinamorena cuando usted vivía allí, de la señora Teodosia Marval.

–Teodosia Marval, la buena de Teodosia, caramba, eras un niño, un muchacho que no se sentía en un edificio lleno de viejos – me miró con unos ojos donde brilló una lucecita –. Tengo muy hermosos recuerdos de ese edificio horrible. ¿Y ahora eres policía, con todo lo aplicado que eras para los estudios y la escritura? ¡No me lo hubiese imaginado!

–Usted lo dijo muy claro: la vida no es siempre como se quiere, sino como viene.

–Cierto, cierto, pero aún estás a tiempo.

–Así es, ya empecé. Recuerdo sus bodegones de progresivo deterioro; también las pesadillas que me dieron.

–Cuando tengas tiempo y no vengas como policía, te regalaré un cuadro.

–No puedo aceptarlo así nada más. La vaina está arrecha.

–Precisamente por eso tiene más valor el regalo, porque la vaina está arrecha.

–Así será – le dije levantándome. Le extendí la mano.

Abandonamos la casa. Él, seguramente, se hundiría de nuevo en la hamaca y en los recuerdos.

–¿Todo bien, compañero?

–Sí, todo bien. Los recuerdos.

–Te recuerdo que nos falta el cura. Tengo unas ganas de joderlo.

–Se te nota, pero cómo; tú mismo dijiste que era bien jodido.

–Sí, unjú, pero yo tengo ganas de muchas cosas que no hago, ni haré.

Subimos al vehículo. Eran las diez de la mañana y echaba de menos su cuota de cafeína. Entramos a una panadería, él se dirigió a pagar los cafés y yo pensaba en dos cosas que me descolocaban del momento: el reciente encuentro con Manuel Sánchez y el próximo con Juan Barrientos.

Por el camino, Ángel Castro me contó todas las acusaciones y los chismes posibles sobre Juan Barrientos; quizás hasta inventó algunas y algunos. Los comentarios sobre su pederastia aquí en Margarita los repetía con la intención de endosarme el monstruo que creaba. Afirmaba que huía de acusaciones de violaciones y embarazos, que le gustaban las niñas y los niños y, quién sabe, hasta los animales, que era un pansexual.

Juan Barrientos nos hizo entrar en su casa. Estaba vestido con una formalidad intermedia, esa que permite a cualquiera camuflarse en una gran ciudad; ni demasiado deportivo para no perder con la jovialidad la circunspección, ni demasiado formal para no perder con la severidad la frescura de quien se sabe inocente.

Ofreció de beber y ambos, por primera vez, hicimos algo en coro, rechazarlo. La sala a las que nos condujo – por el monstruo de Ángel que se imponía – me parecía una trampa jaula para niños y adolescentes. Afiches de reguetoneros, réplicas de pinturas con desnudos femeninos y masculinos, figuras de penes disimuladas con humanos – de muy mal gusto –, colores pasteles en dos paredes enfrentadas: rosa y verde agua, un equipo de sonido potente pero de tamaño reducido; grandes cojines y muebles ideales para repantigarse y mesitas donde colocar los zapatos.

Era evidente que quería ocultarse mostrando precisamente todo eso.

Todos tendemos a dudar de la desfachatez excesiva, de una reiteración de la sinceridad.

Seductor. Se le notaba que los gestos aprendidos – de tanto ensayo – podían pasar por convincentes. Pero él no estaba allí para querer dejarse convencer fácilmente.

Ángel le pidió agua para sacarlo de la sala y hacerme la seña de unas tenazas – ¿de cangrejo? – cerrándose. No advertía mi compañero que esa treta no funcionaría. Si era un monstruo era sutil, cuidadoso, esquivo.

–¿Y bien?

–Queremos conversar con usted – Ángel impaciente.

–Conversar no es interrogar, ¿verdad?

–Pues no, pero le haremos unas preguntas, y si usted prefiere contarnos, seguro serán menos.

–Ya deben saber cuánto lo amaba y cuánto me amaba él a mí.

–Demasiado, pienso yo – precisó Ángel con rudeza.

–Nunca hay un demasiado en el amor. Nuestro Señor Jesucristo lo demostró suficientemente – argumentó osado, mirando directamente a Ángel –. Les cuento.

Acomodó el cuerpo en el sofá, giró el cuello bruscamente a ambos lados, Ángel mordía en silencio su desprecio. ¿Qué habría hecho que su compañero cambiara su manera de enfrentar lo que para él era una guerra perdida antes de iniciarla?

–Cerca de las ocho de la mañana de ayer lo visité; eso ustedes lo saben, InClemencia salía cuando yo llegaba. Me odia. Toda la vida enamorada de su hermano de crianza, toda la vida dándole él cariño cuando ella quería amor no

es fácil. El tiempo fue pasando, sacrificó ese amor no correspondido por la migaja de servirle, de estar cerca. Eso debe hacerte odiar lo que amas. Ella sí tenía razones para matarlo, si fue que alguien lo mató, yo no lo creo; pero ustedes deben estar buscando un asesino de un hipertenso de 75 años, probablemente con otros problemas de salud.

–La autopsia reveló que tuvo sexo anal. Será llevado a interrogar.

–Ya fui, ya declaré. Les dije que no perdieran el tiempo buscando huellas y esas cosas: yo estuve con él.

–“No te ayuntarás con hombre como con mujer; es una abominación”, Levítico, Capítulo 18, Versículo 22; “e igualmente los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en la concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones...

–Epístola a los Romanos, Capítulo 1, versículo 27, ¿no pretenderá, Inspector, enseñarme la Sagrada Biblia? – se había alterado un poco, por primera vez, cuando respondió a Ángel –. Es un pecado, un pecado mortal, lo tengo bien sabido, pero no es un crimen, todo lo contrario lo hice feliz los últimos momentos de su vida. Dos adultos que pecan y se ganan el infierno, pero no la cárcel. Este país no es un lugar del Medio Oriente.

Tenía el descaro propio de los abusadores, la prepotencia de quien conoce el terreno que pisa y los escrúpulos no lo importunan. De nuevo tranquilo se dispuso a continuar su relato.

–¿A qué hora se fue de la casa? – pregunté.

–A las nueve y media, abría la puerta cuando el reloj de péndulo comenzaba a sonar.

–¿De qué hablaron?

– Conversamos de asuntos de la parroquia y *nos ayuntamos* – esto último lo expresó mirando sonriente a mi compañero, este apretó los puños hasta blanquear los nudillos.

– Quedó contento, satisfecho: a su edad alguien joven como yo lo amaba.

– ¿No odiaba siquiera un poquito acostarse con un anciano por necesidad?

Permaneció callado, el Inspector Castro se movía impaciente, controlaba las palabras que revoloteaban en su boca produciendo chasquidos entre los dientes. Algo se había movido el sacerdote.

– Era un anciano, pero también mi mentor. No era fácil... muchas veces, pretendía controlar mi vida; pero no tanto como para llegar a odiarlo, mucho menos para atentarse contra su vida. Le debo mucho.

– ¿Adónde fue después de la casa de Bernardo Piñera?

– Me tomé unas cervezas en la licorería Las Antillas Mayores. También lo dije en mi declaración y lo corroboraron, creo. Hacía un calor infernal.

– Bien, hemos terminado. Gracias por recibirnos – sin acercarme, no tenía la menor intención de estrechar su mano.

– Esto no termina aquí, curita. Esta historia continúa – amenazó Castro.

– Estimado Inspector, no me puede pesar más su amenaza que el infierno tan temido, como diría el Obispo – ya era el Obispo, no el mentor, no el hombre con el que se acostaba, la muerte siempre es una distancia –. Tengo ganado el infierno, lo sé; cómo, cuándo, son las incógnitas. La Santa Iglesia probablemente me castigue antes si esto se complica, me mande a la selva, a lo profundo del llano, me conmine a renunciar al sacerdocio.

– ¿Y los niños abusados por usted?

– Nada se ha comprobado. No existen pruebas incriminatorias, solo sospechas, rumores, maledicencia, pero usted sabe que no es suficiente.

– ¿Y su conciencia?

– La conciencia es el juez de uno mismo, no de los otros.

Nos acompañó hasta la salida. A pesar de la altivez se le notaba el cansancio. Castro estaba ahora callado como una estatua.

–¿Castro, tú lees La biblia?

– Ayer me metí en internet. Quiero que conversemos con alguien por la tarde.

A las 4:45 entraban en la biblioteca desierta. El síndrome del viernes, sábado chiquito, como lo llamaba Ángel Castro, era una enfermedad bastante extendida en las instituciones. Marcelo Peralta leía concentrado en el computador.

Le contó de la carrera sacerdotal truncada de Marcelo Peralta y de los rumores que se habían corrido en los mentideros cercanos a la Catedral sobre la intervención de Juan Barrientos en la decisión de un joven que, desde niño, estimulado por sus padres, compartía su tiempo entre la escuela y los oficios religiosos. Se ventiló lo de un viaje a una posada en Antolín y de las raras maneras, también, de otro cura, Cristian Cardona, felizmente transferido a no se sabe dónde, pero fuera de los estados orientales. Repitió varias veces la palabra pedofilia, abuso sexual por cada diez coñosdesumadre, hijosdeputa y malparíos.

Se había apasionado con la conversación con Barrientos. El mismo que había dicho: “Lo tuyo es investigar, entregar un informe y hacerte el güevón en cualquier caso”, estuvo a punto de levantarse y golpear al cura después de

ponerlo entre la pared y una confesión de pedofilia. Por dónde andaba el “que la curia decida su peo”, le había preguntado. Sencillo, había respondido, “la vida es entender que hay batallas perdidas pero que no se puede evitar darlas”. Ni siquiera sé cómo recuerdo esa frase – indudablemente que tiene lo suyo y tomaba impulso para resucitar – porque luego de eso, fiel a su costumbre, le arrojó paladas de palabras para dejarla muy al fondo. Lo felicité y le dije que si eso era así por qué no darlas, sin dudas, sin titubeos, sin amargura. Sencillo, había respondido, “entender no basta”. Y continuó explayándose, solo a ratos lo escuchaba porque pensaba que la vida podía ser una derrota continua, que vivir consistía en desderrotizar la vida y en esa pelea no entraban las renunciadas, por lo menos no todas, entrarían las deserciones de las escaramuzas cotidianas, no las grandes batallas decisorias. Visto así, las dimisiones podían ser mucho peor que las derrotas.

Renunciaba el funcionario acusado de corrupción y cómo no pensar que era culpable. Días después – no muchos, claro – estaba fuera del país, lejos del alcance de la cojitranca, además de ciega, justicia.

He renunciado a ti no era posible, fueron vapores de la fantasía.

En un lugar donde se puede comprar todo con dinero hasta el olvido entra en la oferta, y si a alguien le pagan lo suficiente para renunciar a sus recuerdos es capaz de reiniciarse como un computador.

En su adolescencia, en casa de sus amigos del colegio que tenían televisión, llegó a ver retazos de un programa donde un astrólogo invitaba a una personalidad de la vida política e intelectual del país, la describía y le vaticinaba su futuro.

Y fue primero Luis Herrera Campins, el candidato de los socialcristianos

para las muy cercanas elecciones presidenciales. Enumeró sus características – las que escapaban a la imagen rechoncha, cachetona, de baja estatura y rostro amable de comelón de chucherías – y culminó: “El próximo presidente de Venezuela”.

La semana siguiente llevó al candidato de los socialdemócratas, Luis Piñerúa Ordaz. Enumeró sus características – las que escapaban a la imagen pálida, diminuta, delgada y rostro insípido de subalterno – y culminó: “El próximo presidente de Venezuela”.

Los astros habían renunciado a su primer dictamen, tan pesados y tan livianos en realidad; Horangel – que era así como se llamaba el astrólogo – movió con la fuerza de unos millones las pesadas constelaciones y sacó astros de sus casas, y puso astros retrógrados cuando andaban en todo lo contrario y trazó líneas curvas imposibles, rectas que ni de pitcher de grandes ligas. El cielo fue en una semana una mesa con fichas de dominó que manejó, eso sí, como es debido, bocabajo, a su antojo.

Y ganó Luis Herrera y el astrólogo regresó a la Argentina y se acabó Horangel y Los Doce del Signo – que era así como se llamaba el programa –. Apareció muchos años más tarde, ya cuando el pelotón de fusilamiento de la opinión pública se había retirado.

Unos pocos programas y desapareció en el vasto universo.

Antes de entrar a la Biblioteca Central, en las escaleras, consideró si era necesario remover la costra de la herida, tan cerca de la muerte del Prelado, cuando todos estarían pendientes del cotarro. “Es un hombre nuevo Peralta. Tiene este trabajo, no siempre aparece por la catedral, y es el feliz novio de mi feliz sobrina. Hasta le servirá esta conversación para desgastar sus recuerdos al

repartirlos”. ¡Coño, que para todo tenía respuesta este coño!

–Buenas tardes, sobrino, ¿podemos conversar?

–Claro, tío.

Se levantó, se dirigió a la entrada y volteó, innecesariamente, un cartelito, CERRADO, hacia la indiferencia de la calle.

–Vengan conmigo – lo seguimos hasta un rincón amoblado, encendió una luz que caía verticalmente sobre una mesita donde estaban unos libros.

–El detective Pedro Flores, Marcelo Peralta – nos presentó Ángel.

Me tendió la mano, señaló los asientos y ocupó el más iluminado. La tarde aún reverberaba, por algunos intersticios – quizás también de mi memoria – entraban olores a pan dulce de leche y aliñado, catalinas, cocorrones, galletas... de la cercana y vieja Panadería San Juan Bosco. Estaba tranquilo. Los rumores tienen la ventaja de adelantar algunos acontecimientos. Cuando se supo lo del Obispo, pensó, que pudiera, si no la policía, cualquiera querer conversar con él sobre eso: lo había conocido y en muchas oportunidades, siempre en compañía de otros jóvenes de la congregación le dispensaban una visita, le hacían algún mandado o ayudaban a Clemencia en cualquier cosa.

–Sobrino, puedes negarte si quieres, pero queremos conversar sobre alguna gente que conoces.

–Tranquilo, tío, “La memoria de los justos es una bendición, pero la fama de los malvados será pasto de los gusanos”, Proverbios, capítulo 10, versículo 7 – dijo como si fuese a hablar de los recuerdos de otro –, pregunte.

–Pensé que ya no recordarías nada de La Biblia.

–¿Quién escoge qué olvidar, tío?

–Es verdad, háblanos de Clemencia, Bernardo Piñera y Juan Barrientos.

–El Obispo era un intelectual, muy inteligente, pero fácil de embaucar, aunque parezca contradictorio. Generoso, sensible al arte y la literatura, escribía sus poemas y sus textos; alguna vez nos leyó algo. Como ustedes saben, y todo el mundo, era homosexual, pero no pederasta, no promiscuo.

–Juan Barrientos fue el último que lo visitó, ¿crees que haya tenido algo que ver con su muerte?

–Si tuvo algo que ver con su muerte, va a ser muy difícil de demostrar, es un tramposo con entrenamiento. Bruto, pero astuto. El Obispo estaba enamorado de él, lo protegía; en más de una ocasión lo salvó de la expulsión y hasta de la cárcel, pero él quizás se acostaba con el Obispo en pago por favores recibidos. Le gustan jóvenes, muchachos de pueblo, algo rudos, son así los que le gustan.

–¿Qué me dices de Clemencia? – le pregunté cuando ya Ángel abría la boca.

–Lo amaba, lo amaba. Le consagró décadas de su vida. Sería capaz de matar por él, pero incapaz de hacerle el menor daño. Era, además, la primera lectora de sus textos.

Bernardo Piñera la convirtió en lectora apasionada de textos religiosos, de literatura, de arte. Ella no comenta eso con nadie, yo lo sé porque él me lo dijo.

–Gracias por tu tiempo – le extendí la mano –, no creo que sea necesario conversar de nuevo.

Se encogió de hombros. Nos acompañó a la salida. Ángel le tenía el brazo en los hombros y le cuchicheaba al oído. Él sonreía y yo sonreí pensando en la capacidad que tiene la vida de remendarse.

En la Panadería San Juan Bosco me aprovisioné de panes dulces, salados, acemitas, y cuanta cosa dulce había. En El Cardón nada de esto podía conseguir. Quizás la literatura nos ha hecho creer que el pan puede empujarnos más a la nostalgia que la arepa de maíz.

Cuánta de la nostalgia que sentimos no será también una construcción desde fuera, de los otros más que de uno mismo.

Sabía que, como todo, ya no sería igual y no por la nostalgia: la bolsa era más liviana, la miga gruesa característica ya no lo era tanto. Nos devaluábamos junto con nuestras cosas más queridas u odiadas, con todo lo circundante, quedaban los amagos, los parapetos que evidenciaban rotundamente los desmontajes y las demoliciones.

–Búscame a las diez para llevar el informe.

–Si va.

Repartió trozos de pan a las mascotas. Era un error, lo tenía bien sabido; pero a lo largo de su vida no había aprendido a cuidar ni perros ni gatos. “Comida, cuidados y disciplina”, eso era todo según la veterinaria. Y continuaba, “a los perros no se les da cariño, se les pone reglas”. De acuerdo con esto él era un verdadero desastre. Al levantarse, con la comida venía el cariño, llamarlos por su nombre y preguntarles cómo estaban. Por qué ponerle nombre a un animal al cuál le vas a negar la pregunta. Pero la veterinaria, como tantos, estaba allí por sobrevivencia, por desempleo, a merced de la contingencia de los vaivenes laborales en un país en crisis económica.

Así, consideraba inteligente a un perro obediente; cuando él, precisamente, pensaba que más inteligente le parecía aquél que sabía qué le pedías, pero no le daba la gana de hacer caso. Hasta en los animales que

compartían nuestra vida la crítica y la rebeldía eran mal vistas, como en nuestra sociedad, sobre todo por los que gobiernan. Pero ya no le gustaba el camino que tomaba su tarde: entre las reflexiones del lugar común más gastado, de la disuasión, el consenso, hasta el comportamiento de Titán, su perro.

–Titán, vamos a caminar por la playa, si te da la gana, claro.

Arriba el sol caliente; abajo, en la oficina del Jefe de la Comandancia, se sentía un poco menos, nada más un poco.

Ángel Castro se había anunciado con la secretaria y ahora estaban en un lugar espacioso del cual se habían retirado unos tabiques divisorios para ampliarlo. Las huellas en el piso que contaban de la modificación dejaban ver la desolación del espacio conquistado, en penumbras y sin nada que lo justificase.

Después de los saludos y los comentarios de rigor sobre Felipe Hernández, el Jefe tuvo en sus manos el informe, mientras ellos saboreaban un café lánguido.

Lo leyó con atención. Regresaba, releía y finalmente lo dejó caer lapidariamente sobre el escritorio.

–Muy bien. Con esto y el informe de patología forense todo queda aclarado. Muchas gracias.

–Me alegra haber servido de algo, pero no puedo decir a la orden.

–Entiendo. No se preocupe. Por aquí sí estaremos a la orden.

–Gracias, espero no molestar.

–Ángel, lleva al señor Flores adonde quiera y regresa aquí.

Se detuvieron ante la puerta de Manuel Alfredo Sánchez. Tocó y el mismo pintor le franqueó el paso. No estaba completamente recuperado pero ya se desplazaba como sería habitual en él.

Estaba pintando una marina crepuscular, el sol apenas una línea de luz en el horizonte, apagándose sin remedio.

Lo dejó contemplando la tela mientras buscaba una botella de ron, ron de verdad, porque vender una tela siempre era motivo de celebración. Le acercó

un banco viejo y se paró frente al lienzo.

–Dicen que las putas son las únicas que trabajan con el cliente encima. Pero ni usted es mi cliente, ni yo soy puta; así que podemos beber y conversar mientras yo pinto.

Quería que me hablara de mi madre, quería llenar los vacíos que tenía de su vida con la información que otros podían darme de ella. Siempre hay una zona entre los afectos más cercanos oculta, disimulada o retaceada; contrario a los que muchos creen, es a la persona que tenemos más cerca, que amamos más, a la que no le podemos, ni debemos decirle todo.

Me enteré que mi madre había posado para el artista en varias ocasiones. Como con los bodegones en progreso, Manuel Sánchez pintaba a mi madre desnuda cada seis meses durante todos los años que compartieron. No sé qué tanto podía cambiar el cuerpo de mi madre en tan poco tiempo, pero el ejercicio de modelo y el ejercicio de pintor los entretendrían, tejerían en torno a ellos una complicidad juguetona, clandestina que harían olvidar su vida de marginados.

En medio de la soledad y la pobreza de la azotea hicieron el amor sin promesas – me contaba el artista –, sin ataduras, sin futuros ni planes, en un presente de animales felices que no memorizan fechas, ni guardan objetos para el recuerdo. Nada detrás de ellos en el tiempo, nada delante. Luego fumaban en silencio, porque las palabras también crean futuros, atan, pronostican y nada de eso estaba previsto.

–Mejor cuando llovía torrencialmente – decía el pintor mientras miraba sin ver –, mejor cuando llovía así porque la lluvia borraba los contornos de los edificios y sacábamos al descubierto un trozo de lona para mojarnos. ¿Le incomoda?

–Para nada – respondí mientras trataba de imaginarme esa dicha que desconocía –, me alegro por ella, me alegro por usted.

–Acerque el vaso.

La diferencia entre estar borracho y casi borracho, como me sentía, era quizás un vasito de ron que faltó porque la botella expiró entre pinceladas, los relatos del pintor y mi mente armando recuerdos, tratando de explicarme unas súbitas alegrías de mi madre.

Con la tela enrollada, envuelta en papel bond llegué a casa.

Di de comer a los animales. Con teipe doble faz – hasta que mandara a montarla – fijé la pintura en la pared enfrente de mi cama, el relieve del óleo, los grumos y emplastos de algunas zonas invitaba a ir despojando capa por capa hasta llegar a la primera, lisa, la de mi madre más joven, la de su estreno como modelo, la de los nervios y la vergüenza. La observé hasta que los ojos se me cerraron.

* * *

Y una mañana, dos meses más tarde, en mi paseo por la playa con Titán, tropecé con Magdalena. Un tropiezo real. Caminaba mirando a Titán que se había quedado rezagado cuando sentí que mi hombro izquierdo chocaba con otro, menos duro, menos ancho.

–¡Ay, coño! – gritó sobándose y encarándome con cara adolorida.

Se arrepintió del coño, yo trataba de no reír por la gracia que me había hecho escucharlo.

–Lo siento mucho, me distraje con el perro, déjeme ver – y miré la piel

blanca, sin tocarla, aunque queriendo, se notaba un rosado pálido –, vivo cerca, le ponemos hielo, algún ungüento.

–Está bien, tranquilo, no creo que haya fractura – sonrió y bajó la cabeza para saludar a Titán que se le metía entre las piernas –. Este perro actúa como gato.

–Asuntos de la convivencia, vive con uno. ¿De verdad no quiere el hielo y el linimento?

–No, no. Está bien, fue la sorpresa, me llamo Magdalena y usted.

Quise decir “yo no”, porque sentía que una alegría empezaba a orquestarse en mí, pero respondí “Pedro Flores”.

–Vivo en aquella casita y camino todas las mañanas por aquí, si necesita un golpe en el otro hombro para emparejarse, ya sabe dónde encontrarme.

Fue una tontería pero rio divertida y se marchó. Yo me acuchillé para tocar a Titán justo donde ella lo había acariciado.

Al regresar a casa, cinco llamadas perdidas de Ángel Castro.

– Sí, ya sé, te hago falta – le respondí –, te enamoras muy rápido.

–¡Ay! Te busco a las cinco, van a presentar un libro en la Casa Parroquial.

– ¿Y qué te hace suponer que estoy interesado?

–El autor es Juan Barrientos.

–¡No me jodas!

–Pues sí, además de pederasta nos salió escritor.

La Casa Parroquial estaba a reventar. El libro se llamaba **Segundas Confesiones**. La prensa escrita, los noticieros radiales, la televisora regional y las redes reventaban de información sobre el evento.

La iglesia actuaba rápido – pensó –; atacaba defendiendo al último que

vio con vida a Bernardo Piñera. Si se había filtrado algo; si los rumores empañaban a uno de sus pastores, a pesar de las declaraciones de la policía y los jerarcas católicos sobre la muerte natural del Prelado, si las grandes letras de los diarios en portada INFARTO FULMINANTE no bastaban para alejar cualquier sospecha, ahí estaba un libro dedicado, precisamente, al difunto por su pupilo favorito.

Un sacerdote tomó el micrófono, pidió silencio e hizo una semblanza del fallecido. A continuación el coro se hizo sentir con varios salmos. Luis Romero, Presidente de la Asociación de Escritores de Nueva Esparta, ponderó – en un extenso discurso que se paseó por las **Confesiones** de San Agustín, inspiradora de esta novela, la obra poética de San Juan de la Cruz, Sor Juana Inés, **El Cantar de los Cantares** – la calidad de la novela, del lenguaje, piedra angular de toda novela, y la investigación histórica, soporte fundamental; pero que no opacaba la ficción sino, por el contrario, la sostenía sin notarse demasiado.

Los aplausos sacudieron las láminas del cielo raso. El sacerdote que fungía de maestro de ceremonias le pidió al autor dirigir unas palabras al público. Ángel Castro se retorció en su silla.

Juan Barrientos agradeció repetidas veces la presencia luminosa en su vida del Obispo, su amigo, su mentor. Repitió que esa obra no fuese posible sin los sabios consejos de Piñera, sin las correcciones oportunas, sin esa mirada de lector inteligente y concentrado.

El coro cerró el acto y los asistentes se dirigieron a las mesas por canapés, los mesoneros maniobraban entre el gentío ávido de vino y bocadillos, mientras ya se hacía una cola ante la mesa donde Barrientos autografiaba su obra.

Un joven logró evadir obstáculos y llegó ante ellos con dos libros. Los abrió

en la primera página y se los entregó después de comprobar a quiénes estaban dedicados. Pedro Flores levantó la mirada, Barrientos le sonreía desde sus quince minutos de gloria.

–¿De verdad tú crees que ese coñoesumadre escribió esa novela?

–Si considero las opiniones de Clemencia y tu sobrino, lo dudo mucho. No tengo nada que mida si una persona escribe o no, pero no, no lo creo.

–Coñoesumadre, a lo mejor se convierte en un *bestseller*. ¿La leerás?

–Quizás. No es precisamente lo que me gusta leer.

–Siento que me engañan, que participo de una farsa multitudinaria y más aún si la leo.

–No te prejudices, a lo mejor es hasta una obra maestra. No se tiene que ser un buen hombre para escribir bien.

Todas las asechanzas culminaban hoy.

Dos copas, dos platos de pasta con salsa de calamares en su tinta, ensalada César, croquetas de pescado y en un bol blanco isla flotante de postre.

Su acompañante estaba aturdido no solo por el vino *aderezado* que, como era de esperarse, no fallaba, sino por todo: el olor a sándalo del incienso, un jazz sigiloso que como una serpiente se enrollaba en todo, la finura de la vajilla y los cubiertos relucientes, servilletas, mantelillos, el estreno en sus papilas de texturas y sabores inimaginables en la tosca cocina de sus padres.

Se le había ido la mano con los güisquis.

Un relajamiento y una sonrisa fácil lo invadían desde el mediodía cuando esperaba que la presa cayera por fin en la red.

Cocinó con canciones de Juan Gabriel. *Querida* sonó una y otra vez al ritmo del vaciado y llenado del vaso largo de licor.

A las seis de la tarde sonó el timbre una sola vez y la estancia se alumbró con la presencia de la juventud.

Lo demás fue el protocolo estándar, el desmontar de barreras con la herramienta del vino, los abrazos, los besos, la atmósfera de placer en cada gesto, en cada movimiento planeado al milímetro y la pastilla azul romboide de efecto rápido, pero contraindicado con la ingesta de licor, según le dijo su amigo médico. Pero aquí había mucho gimnasio y pesas y suplementos alimenticios y corazón fuerte para rato.

Terreno inexplorado, incursión violenta. Placer en la aspereza del tránsito, del ir y venir que no atendía a gemidos ni súplicas.

A las 11:45 p.m. lo llevaba a su casa en el más completo silencio.

Subiendo desde La Fuente hasta Guarame, la cuesta se le hizo larga y difícil, los faros de los vehículos lo dejaban ciego momentáneamente. A las doce, con luna llena sobre el mar, se detenía en la intersección de la calle Principal del pueblo con la calle Valentín Malaver.

Sin decir nada, sin voltear, el joven se bajó del vehículo y se perdió en la noche.

Cerró la puerta. Lo miró perderse calle arriba bamboleante y lento. Escurrió la última gota de la botella y la lanzó al piso del auto.

Movió el vaso varias veces con la esperanza de producir más güisqui como si de unas bodas de Caná de Galilea se tratara, pero nada.

Algo quedaría en reserva, mañana no tenía que ir a ningún lado y podía quedarse en casa disfrutando de la compañía del ratón más lento de todos.

La bajada es pronunciada pero hermosa porque la luna grande y más blanca de lo habitual crea un camino de luz en el agua y las olas brillan al romperse abajo, muy abajo. Hay una curva, también, pronunciada a la derecha que pareciera surgir de repente, y deja la luna en la mejilla izquierda del conductor hasta el final de la playa de Guacuco.

Fue una buena noche, noche de placeres imaginados y consumados – se decía –, comida exquisita, bebida, sexo de estreno, qué más podía esperar. La vida era corta. Todo lo que tiene fin es breve, aunque su fin ocurra a los cien años. Y él estaba vivo y reluciente bajo la luna, borracho y feliz, deseoso de llegar a casa y rematar la dicha con los restos de bebida que quedarían, los fondos, los amados fondos, el último trago salvador de las botellas.

Gloria Gaynor se esmeraba con su *Sobreviviré* abarcando todo en el vehículo, haciendo vibrar las puertas por los altavoces potentes, acallando los

ruidos de la velocidad, minimizando el chirrido de las llantas y el fragor de la brisa salobre que entraba.

La luna más grande a cada instante, más luminosa, más luna llena que nunca con su única cara para nosotros, la otra para el resto del universo.

Y el ruido murmullo lejos, pero cada vez menos murmullo y más sonoro de las olas y su brillo que ahora se ve más nítido para quien no ríe de felicidad ni tiene los ojos húmedos de goce.

Pero ante las curvas no hay dilación posible.

Quien la urde desde la lomita cuenta con ventaja. No lo tiene controlado todo, es cierto, pero pronostica en un alto porcentaje donde se concretará. Para el que la espera, un segundo es mucho tiempo entre actuar o dejarla pasar y su movimiento tiene que anticiparse, tiene que adivinar por dónde viene porque la pelota siempre de allá para acá tiene prisa. Uno cuenta con la sorpresa y la velocidad; el otro, con su fuerza y la clemencia del azar.

Una cosa muy distinta es para quien baja a alta velocidad desde la loma, pelota lanzada hacia el home de la vida abajo y no toma la curva para ponchar al contrario y sí sigue derecho y remonta la cuneta y los frenos son como un grito inútil y todo el mar es la mascota gigantesca de Dios.

Pero antes, cuando la luna estaba arriba y él también, podría haber oído un chasquido en el tren delantero, si Gloria Gaynor no apagara todo ruido con *just turn around now* (solo date la vuelta ahora), muy a propósito para quien está 100 por ciento en la jugada, pero no para quien va a 100 kilómetros por hora hacia el out.

Polvo, piedrecillas, trozos metálicos acompañando la bajada. En nanosegundos supo cómo era su cómo, cuándo era su cuándo.

El vehículo se hundió lentamente.

El agua en torrente convirtió en gárgaras la voz de Gloria Gaynor.

Era viernes, y la luna arriba continuaba su espectáculo para quienes no habían descendido tanto.

El agua cerró sus puertas de nuevo.

Juan Barrientos estaba ahora más cerca, quizás, de Bernardo Piñera que de la conquista de hace unas horas.

* * *

No es cierto que los lunes sean iguales para un jubilado o un desempleado que los demás días.

Los lunes son demasiado distintos para confundirlos con otro día, menos con el domingo, el más evidente de todos.

Y era lunes, estaba clarito que lo era, y yo caminaba por la playa con Titán pensando en los que a esa hora mentaban madres por tener que ir a trabajar; ya me tocaría sumarme a esa legión de mentadores.

Solitaria la playa porque los lunes las playas están solitarias.

Magdalena no venía caminando ni yo me tropezaba por descuido con ella, ni le ofrecía disculpas, ni ella acariciaba a Titán, ni se negaba a ir a casa por hielo, ni había rosado pálido de golpe en su hombro ni nada.

Entonces, el paseo se me hizo inútil.

Entraba cuando sonó el celular. Tenía que ser Ángel Castro. Efectivamente lo era y dudé en responder a pesar de ser del grupo exclusivo de dos o tres personas que me llamaban. Pero insistía.

–¡Castigo Divino, Castigo Divino!

–¿Qué vaina es esa, Castro?

–En cinco minutos paso por ti.

Debía venir en camino para llegar tan pronto. Me vestí de prisa y para perder menos tiempo avancé hacia la calle.

–¿Qué pasó?

–El pedófilo cura escritor se fue por un acantilado entre Guarame y Guacuco, en un sector que llaman Piedras Negras.

Cuando llegamos, ya sabía que desde el viernes por la noche el cura estaba desaparecido; lo habían buscado en los lugares habituales, habían llamado a sus amigos y nadie tenía información.

Un pescador mañanero vio la sombra oscura del vehículo en el agua y llamó a la policía.

Ya la grúa depositaba el vehículo chorreante de Barrientos en el borde del precipicio.

No me acerqué. Ángel sí. Era importante para él comprobar que era tanto el carro del sacerdote como el sacerdote.

A pesar de lo pisoteado del terreno se advertían aún las huellas del desplazamiento del carro, a pesar de lo transitado de la vía el fin de semana por los que venían a la playa, se veía en el asfalto una raya blanca, sin duda hecha por una parte metálica del automóvil. Se perdía su color, pero no el trazo, justo en la tierra del borde de la explanada. La seguí hasta su inicio, unos treinta metros a lo sumo. Quizás – aventuré – sería la causante de la pérdida de control del vehículo.

Ángel se acercó con el primer conato de informe forense.

–Los peces comenzaron por los ojos. Está desfigurado por los golpes, no llevaba cinturón de seguridad. La autopsia dirá más cosas, pero hay una botella de güisqui vacía, el forense adelanta que había tomado licor. ¿Qué opinas?

–Parece ser que tienes toda la razón: castigo divino.

–¿Y por qué te vi husmeando en la carretera, interrogando el pavimento?

–Algo tenía que hacer, vicio de detective. Creo que esto dejará tranquila a mucha gente, incluyéndote

–¿Tú no?

–Algo, pero no creo en los castigos divinos. Creo que fue un suicidio – pero en verdad no lo creía.

–¡No me jodas, Pedro, esos bichos no hacen eso! Vamos, te regreso a tu casa. Luego te comento el resultado de la autopsia y la experticia del carro.

–Nada de eso hace falta, tú lo sabes. Nadie me ha pedido que me meta y donde no me llaman...

–Está bien, lo sé, pero, ¿somos o no somos panas?

–Bien – acepté –, cuando tengas el informe del forense me llamas.

Por la tarde llamó Castro cuando yo comía. Le pedí que me buscara. Sentados a la mesa en una panadería, lejos de los pocos clientes, sacó unas hojas y comenzó a exponer lo que le habían dicho y a comentar.

–Altas cantidades de alcohol: vino y güisqui porque a pesar de haber pasado ya más de 48 horas, el chismoso del hígado, según el forense, nos cuenta que fue bastante. Dijo un poco de vainas que no entiendo, de no sé cuántos mililitros que metaboliza el hígado por hora de alcohol y de la pérdida paulatina de este después de la muerte, o algo así dijo o creí entender. Claro sí está que bebió y comió bastante: mariscos, vegetales y otras vainas. También

apuntó el médico que se murió sano, no había huellas perceptibles de enfermedades crónicas. Todo normal. Pudo haberse quedado dormido, esta es una suposición mía. Se durmió iba a mucha velocidad y siguió derecho.

–Nadie te puede discutir que siguió derecho, continúa.

–No hay agua en los pulmones, por lo tanto, no murió por ahogamiento, sino por los golpes en la cabeza con tantos botes que dio el carro antes de hundirse. Todos los golpes son contra la estructura del vehículo, esto lo evidencian las marcas en el cráneo y los indicios en el carro. También se presume que tuvo actividad sexual horas antes del deceso, se encontraron residuos de Viagra, y como la Viagra puede ocasionar mareos, dolor de cabeza o visión empañada pudo contribuir a la pérdida de control.

–¿Cómo sabes que La Guaira está lejos? – le dije riéndome –, sigue pues.

–Bueno, a veces se logran muchas cosas con una pequeña ayuda de los amigos.

–Insisto en que conoces la distancia exacta a la que está La Guaira desde este punto.

–Los frenos del carro, aparentemente estaban bien, pero tú mismo viste que no hubo frenado. Pero sí una huella como de algo en parte desprendido que hizo ese surco, ¿no?

–Sí, es verdad, algo se soltó antes de la curva y pudo incidir en el accidente.

–Pero después de tantos carajazos y con tantas vainas rotas cómo saberlo.

–¿Te das cuenta que descartas el suicidio?

–Porque no sé hacer sesiones espiritistas para averiguarlo, porque no

dejó una carta, porque venía de tirar con alguien, porque... ¿quién no puede estar feliz después de beberse una botella de güisqui 12 años en estos tiempos?

Quiso decirle que la pieza desprendida antes de llegar al borde del acantilado tendría algún residuo del asfalto, algún indicio de ese contacto que las otras no. Se sonrió, esta no era una serie policial gringa en la que con un grano de arena podían descubrir cuál playa había visitado el asesino en las pasadas vacaciones.

–Te llevo a casa. ¿Puedo consultarte o informarte, aunque sea por teléfono de cómo va la vaina?

–Sí, porque lo harás de todos modos.

* * *

El martes por la mañana ya me estaba llamando.

–Te cuento. El carro de Barrientos estaba en perfecta condiciones. El Jefe me dijo que el mecánico lo había traído a su casa en ese mismo carro el viernes del accidente, a eso de las 12 del mediodía y estaba fino.

–¿Cómo así?

–De esta manera. El mecánico nada más recibe un carro porque trabaja solo y estaba terminando de arreglar el del cura cuando llegó el Jefe con su cacharro con una falla arrechta. Tratándose de él, y para probar el de Barrientos lo regresó a su casa en el carro del cura.

–¿Quién es el mecánico?

–Gustavo Fuentes, el hijo de Evelia Fuentes.

–Vas muy bien, pero quién es Evelia Fuentes.

–La dueña de la casa donde interrogaste a Clemencia, la asistente del Obispo, recuerda que ella pasó unos días ahí por las averiguaciones y esa vaina.

–Ahora entiendo. ¿Qué problemas tenía el carro del cura?

–El mecánico le contó al Jefe que le había hecho limpieza de inyectores, limpieza del cuerpo de aceleración, cambio de bujías. El cura lo retiró como a las cuatro de la tarde.

–¿Y el carro del Jefe que tenía?

–¿Tanto te interesa el carro del Jefe?

–Dime.

–No me lo dijo exactamente. Pero me habló de millones para arreglarlo. Gustavo le dio el diagnóstico y el Jefe recogió su piazo e vaina y se lo llevó hasta que se termine de joder...

–¿Qué carro es?

–Un impala de los ochenta, ¿necesitas la placa?

–¿Y el del cura?

–Tú lo viste, un Ford Fusión de hace tres años, más o menos. No hay ninguna posibilidad de un intercambio de piezas por dos razones: Gustavo es honestísimo, y nada de uno le puede servir al otro, ¡más de treinta años de diferencia!

–¿Cómo queda la investigación?

–Hasta hoy llega, se ocultarán algunas cosas a la prensa, o se minimizarán. Un fatídico accidente que yo llamo Castigo Divino y listo. Una muerte natural, porque el Castigo Divino es natural, ¿no?, y un accidente, mejor al revés, ambos después de tener relaciones sexuales, pero no trascenderá esta información.

–¿Y qué hacemos con la raya en la carretera?

–El Jefe dice que el tiempo la borrará, la lluvia, otras rayas, el tráfico.

–Entiendo.

* * *

Soñaba con Magdalena – a quien no veía desde un par de semanas, días después de la muerte de Barrientos, fugazmente, porque llegaba a la playa con Titán muy tarde después de una noche erosionada por la escritura y el insomnio, cuando ella se marchaba –, y me despertó el toque en la puerta. Miré el reloj, las ocho.

Pregunté sin abrir la puerta. Era Clemencia. Le pedí unos minutos para vestirme.

Dio los buenos días, pero no se disculpó por la hora. Clemencia de negro con este sol tan inclemente.

Clemencia tranquila con la mirada reposada, sedimentada toda ella. Serena.

–Prepararé café, póngase cómoda.

–Está muy bueno, gracias – dijo al probarlo –, no le quitaré mucho tiempo.

–No se preocupe, me sobra.

–Nunca sobra, detective. ¿Quiere la versión corta o larga de mi cuento?

–Con la larga es suficiente – respondí. Ella sonrió y una coquetería en desuso se le impuso.

–Algunas personas saben que yo amaba a Bernardito, Bernardo era también el nombre de su padre. Nos criamos juntos desde muy niños. Mis padres

murieron cuando yo tendría unos seis o siete años, pero ya antes de sus muertes yo vivía en su casa. ¿Lo aburro?

–De ninguna manera.

–Desde niño tuvo dos inclinaciones que me lo negaban: el sacerdocio y la homosexualidad.

Siempre apartado de los juegos de papá y mamá que jugábamos antes, de la rudeza de los varones, siempre pegado de los libros y aprendiendo a cocinar, a tejer, a bordar. Ahora es más común, pero en esos años no.

Leía mucho y escribía sus versitos y sus cuenticos y me los recitaba, me los contaba. A los veinte años me fui de su casa. Ya él no estaba, seguía sus inclinaciones, o por lo menos la del sacerdocio.

–¿Más café?

–Nunca digo que no al café.

Cuando regresé con la segunda taza, estaba levantada mirando el mar a través de la ventana.

–Trabajé en muchas cosas, detective. Cada hombre con el que viví dejó en mí un oficio bien aprendido con la experiencia directa. Sí, aprendí varios oficios – río con ganas, relajada –. Viví en Maracaibo, en Cúcuta, en Guayaquil, en Caracas, Barquisimeto.

–¿Por qué regresó?

–Regresé hace unos treinta años.

No se sonroje había aprendido muchas cosas, pero no había aprendido a amar.

Me acerqué a la catedral una Semana Santa y lo busqué al finalizar el oficio.

Le brillaron los ojos de la alegría, se le atropellaron las preguntas.

A su manera, como hermana, me amaba. Me preguntó si estaba desempleada y yo le dije que sí, pero era mentira, trabajaba la mecánica en el taller de Juan Carlos Chaperón, un argentino que llegó huyendo de la dictadura.

Sí, nada común, nada común. Costaba hacer creer a los clientes que una mujer con su braga de mecánico, el pelo recogido, con una gorra, con medias, zapatos de seguridad y guantes, debajo de un carro o con una llave en la mano fuese un mecánico.

Pero los clientes satisfechos construyeron una fama y fueron la mejor publicidad. Entonces, Bernardito me pidió ser su asistente con sueldo, comida, techo y una casa cuando él muriera.

Me dediqué a él.

Preparé su comida, limpiaba su habitación, del resto se encargaba una señora. Le recordaba sus medicinas y lo acompañaba a todas partes.

Retomamos el oficio de nuestra infancia y adolescencia: el leía y yo era todo oídos.

–¿De alguna manera era feliz?

–Claro, detective, felices. Yo había gozado mi vida de muchas maneras. Era joven pero algo de cansancio tenía, algo de hastío me dejaba el trajinar de camas y de oficios y mira, te repito, ¡hago tantas cosas! – sonrió.

Con él me acerqué de nuevo a la iglesia, me dejé envolver por la seguridad de la rutina y a los pocos años comencé a amarlo de esta manera sublime, mística, desprendida de toda reciprocidad, solo esperando que me dejara cuidarlo, darle sus medicinas, recordarle sus obligaciones, actos, reuniones, llevar su agenda que era la mía también, pero en la sombra.

Ya estaba acostumbrada a ser sombra desde niña.

–¿Hasta que apareció Juan Barrientos?

–Exactamente, pero no se apesume, usted pidió la versión larga, no se arrepienta.

–De ningún modo.

–Se puede ser feliz amando así, créame, sí se puede.

Es duro al principio pero, como le dije, se aprende.

Hay un regocijo en no tener expectativas, las expectativas atan, la esperanza te hace estar pendiente de algo que puede llegar a ser, pero no es ahora y nada asegura que llegue tarde o cuando ya no lo queramos, cuando ya nos desgastamos de esperarlo.

–Comprendo.

–Antes de Juan Barrientos, fue un sacerdote joven que se fue del país.

Agradable, atento, estudioso, y de verdad lo amaba, pero vivir en el país lo angustiaba. Lo habían atracado varias veces, le robaron el carro, le robaron su computadora, el televisor, lo mudaron en un fin de semana que se quedó aquí.

Se obstinó, se fue, desapareció. Juan Barrientos, que debe estar en el infierno, era todo lo contrario: pederasta, borracho, bruto como nadie, sagaz, ladino, tramposo, ladrón.

–¿También ladrón?

–También ladrón. Yo acepté la orientación sexual, como dicen ahora, de Bernardo. Si lo amaba, ¿cómo no respetarlo? No fue fácil, nada es fácil, pero era su vida, su manera de vivir el amor, distinto al mío, pero, así es la vida, ¿no?

–Sí, así es, se manda sola.

–Hace unos pocos días, me enteré que la rata de muelle esa era escritor, y le presentaban un libro. ¡Imagínese, escritor!, prácticamente un ágrafo era ahora novelista. Hasta tuvo la desfachatez de dejar el título que le había puesto Bernardito, Que En Paz Descanse, **Segundas confesiones**.

Fue demasiado para mí, para mí que había renunciado voluntariamente, eso sí, a tantas cosas por estar con él, ahora tenía que aceptar un robo. El robo de un trabajo de más de veinte años, de cientos de páginas tiradas a la basura, de correcciones infinitas, de archivos arrasados por virus, tragados por la computadora y empieces de nuevo apelando a la memoria.

Y la terminó y yo la leí. No tengo conocimientos de literatura, pero Bernardito me hizo lectora; eso me bastó para saber que era una buena novela, que me hubiese gustado aunque fuese de un desconocido.

–Concuerdo con usted. He leído parte de ella.

–Evelia Fuentes fue a la presentación. Me invitó, yo le dije que me dolía mucho la cabeza. Allí lo vio. Ya lo conocía, lo observó desde la cocina cuando usted vino; usted no podía verla.

–Entonces usted...

–Déjeme terminar, ya casi concluyo. Ya hablará cuanto quiera y yo lo escucharé; se lo prometo. Se la robó en su última visita. Quién sabe si por eso le dio el infarto cuando descubriría que no estaba en la mesa del computador – tomó algo de aire, se había alterado un poco.

–Igual la tenía en el computador. ¿No?

–Sí, claro, pero no con las correcciones que ambos le habíamos hecho, o mejor, él, de acuerdo con mis observaciones. Corregía sobre el papel. Imprimía y corregía, gastamos resmas y resmas.

–Entiendo.

–En el resto de mi historia interviene considerablemente el azar con sus determinaciones misteriosas, inescrutables como los caminos de Dios.

Era viernes y Juan Barrientos muchas veces llegó muy tomado los viernes a casa. “Viernes de aroma”, decía él, “hoy es viernes de aroma”, ¿usted sabe no?

–Sí, “para echarse los palos y meter la paloma” – dije sin atisbo de vergüenza.

–Exactamente. Eso hacía él sin falta. Yo cuidaba desde el miércoles a Evelia que estaba postrada en cama con dolores lumbares. Llegó él para que Gustavito, el hijo de Evelia, el mejor mecánico de Margarita, le reparara el carro.

Estaba en la cocina. Hay una ventana que da al taller; lo vi, no me vio. Era una tontería porque a las doce, más o menos, Gustavito llevaba al Jefe de Policía a su casa en ese carro, porque este dejaba su perol para que se lo repararan. Así lo probaba y con testigos, y no cualquier testigo, además, y no era que eso importara; ya le dije que es el mecánico más serio, responsable y profesional que hay por aquí, pero a mí sí me servía porque alejaba toda sospecha del taller, de Gustavito, y de mí.

Evelia en su cuarto, el carro allí y Gustavito saliendo a auxiliar a alguien accidentado en Pedrogonzález con una persona que lo vino a buscar. Cómo no aprovecharlo. Dios no podía estar ausente, como no está nunca de todos nuestros actos.

Aflojé por aquí, apreté exageradamente por allá y lo dejé en manos del viernes, del alcohol, de la suerte y de Dios siempre.

–Podía fallar, atropellar a alguien, quedar vivo, no pasar nada.

–Sí, claro, todo eso era posible; pero la vida no es lo que puede pasar sino lo que pasa, y pasó como Dios quiso, con mi colaboración entusiasta, claro.

–Clemencia, ¿nunca pensó en denunciar el robo de la novela, desenmascararlo?

–¿Quién me iba a creer? Era mi palabra contra la suya. La palabra del perro guardián, la sospechosa durante mucho tiempo de ser más que la asistente de Bernardito. Esta sombra que soy, detective, esta mujer de pocos amigos, casi enclaustrada, hasta dónde iba a llegar con una denuncia. No, no, quise olvidar hasta que el Señor tejió sus hilos y me dio la trama.

–Yo, el Inspector Castro y Marcelo Peralta creeríamos en usted.

–No se ofenda, pero quién es Peralta, un joven callado tras un mostrador de la Biblioteca Central; quién es Castro, un Inspector como tantos, ¿y usted?, un completo desconocido, un recién llegado.

Con un soplo la iglesia nos borraría.

Tengo entendido, por lo que me dijo Evelia, que el Presidente de la Asociación de Escritores alabó la novela. ¡Imagínese! A lo mejor la segunda edición se hace en España, la traducen en todos los idiomas. El evento literario del año y yo diciendo que era un robo, que se lo había robado a Bernardo Piñera que ya estaba muerto. Un robo que no podía demostrar. Una pelea perdida, detective.

–Demasiado azar, Clemencia, pudo haber sido una tragedia, no se puede justificar de ninguna manera.

–¡Para lo que me importa! Más de veinte años escuchando fragmentos, páginas y páginas enteras, capítulos, opinando porque me preguntaba, me pedía

que le dijera cómo sonaba mientras me lo leía. Ese texto era más mío que de ese ladrón.

Bien, terminé; lo escucho.

–Ya no soy detective, colaboré con lo del Obispo porque me lo pidieron. Hace poco renuncié en Caracas, me vine aquí y quiero dejar eso atrás. No tengo nada que decir.

–¿Y qué piensa hacer?

–Paseo todos los días en la mañana con el perro por la playa. El cielo está luminoso, el mar no tiene algas, la orilla está limpia.

–Que lo disfrute, entonces, feliz día.

–Igual para usted.

Titán me siguió.

Más luminoso el día, más evidente la ausencia de algas, más limpia de cerca la orilla.

Quizás hasta podía aparecer Magdalena.

Los Chuares, isla de Margarita, 2018, 2019.

*Esta edición digital de **El sótano de las Hostias** se terminó de realizar en junio de 2024. Se utilizaron las fuentes más potables: Engravers MT y Arial.*



Foto: Reina Rada.

Luis Malaver. Margariteño nacido en San Tomé en Septiembre. Licenciado en Letras por la Universidad de Los Andes. Profesor jubilado de la Universidad de Oriente. Su entrometimiento endémico lo ha llevado a incursionar con versos, novelas, textos dramáticos, cuentos, guiones y la talla en madera de roble.